

21 Marzo 76  
17460

ADMINISTRACION  
LIRICO-DRAMÁTICA.

---

AL PIE  
DEL CADALSO,

DRAMA DE CARACTER HISTÓRICO,

ORIGINAL DE

DON DANIEL BALACIART.

MADRID.  
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.  
1878.

L47 - 6755

AUMENTO á la Adición al Catálogo de esta Galería  
de 1.º de Octubre de 1875.

TÍTULOS.		Actos.	AUTORES.	Prep. que corresponde
<b>COMEDIAS Y DRAMAS.</b>				
10	4	A la puerta de la iglesia.....	1 D. Ricardo de la Vega..	Todo.
11	»	Aprobados y suspensos.....	1 Vital Aza.....	»
2	2	Ayudar... á caer—c. a. p. ...	1 E. Sanchez Castilla..	»
3	2	Basta de suegros—c. o. p.....	1 Eduardo Lustonó....	»
3	2	Contra indiferencia, celos.....	1 F.º Saez de Melgar...	»
4	2	Don Celedonio—c. o. p.....	1 Sres. Retes y Carrillo..	»
		Doña Juana Tenorio, <i>parodia</i> ..	1 D. R. María Liern.....	»
4	1	Dudas y sombras—c. a. v.....	1 E. Navarro Gonzalvo..	»
3	3	El archivista—c. o. v.....	1 J. Velazquez y Schez..	»
3	1	El corazon de un baturro... .	1 Pedro Marquina.....	»
3	2	El número 107.—j. o. p.....	1 Manuel Matoses.....	»
		Endevina, endevinalla, ó el tio Perico.....	1 Eduardo Escalante..	»
4	2	Hinestosa, padre é hijo—j. a. v.	1 Salvador Lastra.....	»
4	3	La dama blanca—c. o. v.....	1 J. Velazquez y Schez..	»
		La esencia del hambre.....	1 R. María Liern.....	»
		La gaceta del año, revista... .	1 M. Pina Dominguez..	»
6	4	La primera reunion—j. o. v... .	1 E. Navarro Gonzalvo..	»
8	5 a.	Los baños del Manzanares....	1 Ricardo de la Vega..	»
2	1	Los predestinados—c. a. p... .	1 Manuel Cuartero.....	»
5	1	Los pretendientes.....	1 Emilio Álvarez.....	»
3	1	María—c. o. v.....	1 J. M. N.....	»
		Mentirola y el tio Lepa.....	1 Eduardo Escalante..	»
4	2	Mi sobrino—j. o. p.....	1 Salvador Lastra.....	»
2	2	Pedro Jimenez.....	1 Enrique G. Bedmar..	»
5	1	Por un error.....	1 Francisco Bañares... .	»
5	2	Quien lo hereda no lo hurta... .	1 Baron de Cortés... .	»
4	1	Un alcalde aragonés—c. o. v... .	1 Manuel Cuartero....	»
		Una alumna de Baco.....	1 R. María Liern.....	»
		Un lío.....	1 E. Navarro Gonzalvo..	»
		Un thé dansant.....	1 César Bassols.....	»
75	3	Con el credo en la boca—c. o. p.	2 Mariano Pina.....	»
12	8 a.	Ecos de Noche-buena.....	2 Sres. Caballero y Ortiz..	»
		La capa no siempre tapa.....	2 D. N. N.....	»
6	2	La careta verde.....	2 M. Ramos Carrion... .	»
7	4	La familia Pesadilla—c. a. p..	2 Sres. Lastra y Vinajeras.	»
3	2	La jaula de oro.....	2 D. Ricardo Soláns.....	»
4	3	La mamá política.....	2 M. Ramos Carrion... .	»
4	3	Las desdichas de un buen mozo.	2 Mariano Pina Domin- guez. ( <i>Mitad</i> ).....	»
		Tres forasters de Madrid.....	2 Eduardo Escalante... .	»
5	2	Al pie del cadalso—d. o. v....	3 Daniel Balaciart....	»
5	3	¡Arda Troya!—j. o. v.....	3 M. Pina Dominguez..	»
		Bernardo del Carpio.....	3 Francisco Macarro... .	»
8	1 a.	Nicolás Dumontel—d. o. p... .	3 C. Carabias.....	»

AL PIE DEL CADALSO.

José Rodríguez

121992-190-11

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

ALPHABETICALLY

1911

L. V. - 0

# AL PIE DEL CADALSO,

DRAMA DE CARÁCTER HISTÓRICO,

ORIGINAL DE

**DON DANIEL BALACIART.**

TEATRO DEL CIRCO.—8 MARZO, 1876.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.  
1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA JUANA..... SRTA. D.<sup>a</sup> ELISA MENDOZA TENORIO.  
MARÍA..... SRTA. D.<sup>a</sup> ANA VARELA.  
DON ÁLVARO DE LUNA... D. VICTORINO TAMAYO Y BAUS.  
DIEGO DE BENAVENTE... D. RICARDO CALVO.  
PEDRO DE BENAVENTE... D. DONATO JIMENEZ.  
MARTIN..... D. GERARDO PEÑA.  
DESTUÑIGA..... D. FERNANDO CALVO.

Pajes, hombres de armas de D. Álvaro y del rey; pueblo.

---

La accion de los actos primero y segundo en Búrgos,  
dia 4 de Abril, 1485, la del tercero en Valladolid, el 2  
de Junio del mismo año.

---

Derecha é izquierda la del actor.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lirico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*Buyer of 429 lib<sup>o</sup> 26.*

---

## ACTO PRIMERO.

---

Salon-antecámara de la conocida casa que habitaba D. Álvaro de Luna en Búrgos: puerta al foro y laterales; la de la derecha del actor, da acceso á la cámara del condestable: á la derecha, en segundo término, puerta reservada, á la izquierda tambien en segundo término, un mirador. Trofeos de armas, mesa con recado de escribir; sillón blasonado á la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

MARTIN, solo.

Cuanto más lo considero, (Pensativo.)  
más me inquietan y perturban  
las serias contradicciones  
que descubro en su conducta.  
No es don Álvaro el caudillo  
que, pronto siempre á la lucha,  
en la Higuera humillaba  
la arrogante media luña,  
ó vencedor en Olmedo,  
el silencio de las tumbas  
imponía á los que osaban  
lidar contra su fortuna.  
¡Quién sabe! Acaso presiente  
que el sol de su gloria nublan

el cansancio del monarca;  
la ingratitud de las turbas;  
el despecho de los nobles;  
los años que se acumulan  
enervando la firmeza  
que há menester más que nunca.  
¡Quién sabe! ¡Es tan pertinaz  
de sus contrarios la furia!...  
¡Son tantos sus enemigos. .  
que bien pudiera la duda  
turbarle el ánimo! Entónces  
no extrañaré que sucumba.  
(Queda abismado en su pensamiento.)

## ESCENA II.

MARTIN, MARÍA. Esta sale lateral izquierda.

MARIA. Cabiloso anda el mancebo.  
(Después de acercarse á Martin sigilosamente.)

MARTIN. No tal.

MARIA. ¿No tal? ¡Y se turba!...

MARTIN. Turbarme, no, sorprenderme  
acaso.

MARIA. ¿Y por qué?

MARTIN. Procura  
no preguntar, cuando entiendas  
que no placen tus preguntas.

MARIA. ¿Eso dices?

MARTIN. Eso digo.  
Que si mi frente dibuja  
de un oculto pensamiento  
la denunciadora arruga,  
ni te atañe ni te ofende  
y al inquirirlo disgustas.

MARIA. Curiosidad de mujer...

MARTIN. Impertinente, importuna.

MARIA. Perdona...

MARTIN. Quede esto así,  
pues no es muy grave la culpa;  
pero otra vez...

MARIA. Otra vez

seré ciega y seré muda...  
puesto, Martín, que el quererme  
con esquiveces anuncias.

MARTIN. Eso no. Si mis amores  
fuesen como leve pluma  
que lleva el aire en sus alas  
tan pronto como la impulsa,  
no corrigiera severo  
tus actos.

MARIA. ¿Pues qué es en suma?

MARTIN. Amor que ha de consagrarse  
cuando á tus deseos cumpla.  
Esto es público y notorio  
en Búrgos. ¿Á quién se oculta?  
Conviene, pues, que mi esposa,  
sobre ser honesta y pura,  
sea discreta.

MARIA. Ya basta:  
en siendo así...

MARTIN. No lo dudas.

MARIA. Bien, no lo dudo, es verdad;  
mas como igual á la tuya  
es la pasión que me anima,  
tanto esperar me disgusta.

MARTIN. Á don Álvaro licencia  
pediré hoy mismo.

MARIA. ¿Lo juras?

MARTIN. No hace falta; lo prometo.

MARIA. Cumple pues, que en siendo tuya  
sabré leer en tus ojos...

MARTIN. ¿Leer en mis ojos? Nunca;  
pues tales cosas á veces  
tras sus cristales ocultan,  
que halláras la muerte en ellos  
al comenzar tu lectura.

MARIA. ¡Martín!...

MARTIN. Es lo cierto... y vete.

MARIA. ¿Me esperas?

MARTIN. Sí.

MARIA. ¡Adios! (Dirigiéndose al foro.)

MARTIN. Escucha.

¿Á dónde vas?

MARIA. (Algo confusa.) ¿Qué?

MARTIN. ¿Te turbas?

MARIA. Turbarme no, sorprenderme  
(Recalcando la frase.)  
acaso.

MARTIN. ¿Por qué?

MARIA. Procura  
no preguntar, cuando entiendas  
que no placen tus preguntas.

MARTIN. ¡Bravo, María! Confieso  
que fué tu réplica justa;  
y si no difieres mucho  
la contestacion, sin duda  
te confesaré tambien  
que ha sido ingeniosa.

MARIA. Escucha.  
Mi señora doña Juana  
ama á un galan...

MARTIN. Continúa.

MARIA. Tal amor hace dos años  
que en el corazon oculta...

MARTIN. No mucho, que en los carmines  
de su rostro se dibuja,  
cuando don Diego los rayos  
de sus pupilas fulgura.

MARIA. Pues bien: le pesa el secreto,  
y á su enamorado anuncia  
por mi mediacion, que hoy mismo  
es forzoso se descubra  
á don Álvaro.

MARTIN. ¿Qué dices?

¿Al condestable? ¡Eso nunca!

MARIA. ¿Por qué?

MARTIN. Porque tal noticia  
oirá con la faz adusta,  
á juzgar por las palabras  
que al creerse solo pronuncia.

MARIA. ¿De veras?

MARTIN. Más de una vez  
le oí decir: «¡Qué locura!  
¿De Benavente! ¡No! ¡Antes  
la quiero muerta que suya!»

- MARIA. ¿Luego don Álvaro sabe?...
- MARTIN. Siempre el amor se denuncia.  
Prudencia ten y no arrostres  
de sus enojos la furia,  
pues si adivina que tú...  
¿Así le aborrece?
- MARIA. ¿Así le aborrece?
- MARTIN. Juzga.
- MARIA. Pero, en fin, ¿qué debo hacer?
- MARTIN. Piés de plomo y mucha astucia.
- MARIA. Pero ¿y don Diego?
- MARTIN. Á don Diego  
permite que yo le arguya.  
¿Y qué diré á doña Juana?
- MARTIN. Dile... cuanto se te ocurra;  
en tanto al galán ..
- MARIA. Él viene.  
(Después de dirigirse al foro y mirar.)
- MARTIN. Déjanos solos.
- MARIA. ¡Qué lucha!  
Nacimos para querer  
y hasta el querer nos perturban.  
(Váse lateral izquierda.)

### ESCENA III.

MARTIN y DIEGO. Éste sale foro derecha.

- MARTIN. Entre el gallardo doncel,  
espejo de bizarría.
- DIEGO. Presa de horrible agonía  
cruzo bajo este dintel;  
que si me brindan tras él  
dulces y ansiados amores,  
también antiguos rencores  
teme encontrarse mi afán;  
pues suele hervir un volcán  
bajo una alfombra de flores.
- MARTIN. Es cierto; puede estallar  
y está el peligro cercano.
- DIEGO. ¿Qué dices?
- MARTIN. Que es el arcano  
más fácil de penetrar

- el del amor; sin dudar  
lo desentraña cualquiera.  
El condestable pudiera  
el vuestro ya conocer...  
DIEGO. ¡Acaba!
- MARTIN. Y áun suceder  
que de su agrado no fuera.
- DIEGO. ¿Algo sabes?
- MARTIN. Algo sé.
- DIEGO. ¡Terrible nueva me das!  
¡Mi padre preso! ¡Quizás  
sentenciado! ¡Yo esperé  
de Juana en la amante fe  
y esta fe se me arrebató!  
¡Triste de mí!
- MARTIN. Señor...
- DIEGO. Trata  
de avisar al condestable...
- MARTIN. Pero...
- DIEGO. Pronto, que yo le hable...
- MARTIN. Más...
- DIEGO. ¡La impaciencia me mata!...  
Mi anciano padre en prision  
sufre el yugo de un proceso  
y cada instante es un peso  
que oprime mi corazón.
- MARTIN. Yo siento vuestra afliccion  
de tal modo en este caso,  
que á un consejo me propaso  
y no es advertencia vana,  
si le habláis de doña Juana...
- DIEGO. ¿Peligra mi padre?
- MARTIN. Acaso.
- (Váse lateral derecha.)

#### ESCENA IV.

DIEGO.

¡Horrible trance! ¿Qué ley  
sentencia á mi padre á muerte?  
¡Ninguna! ¡Pero es más fuerte

quien le persigue que el rey!  
Don Juan Segundo su grey  
abandona á tal privanza;  
solo don Alvaro alcanza  
la clemencia ó el rigor,  
y pues condena mi amor  
ya no me resta esperanza.  
¿Por qué mi padre enemigo  
parece de mi ventura?  
¿Por qué tenaz se conjura  
contra el hombre á quien me ligo?  
¿Por qué sufriendo el castigo  
de culpas que no comprendo,  
arrostro el suplicio horrendo  
de mirar mi corazon,  
entre deber y pasion,  
sin decidirse muriendo?  
¡Qué ansiedad!

### ESCENA V.

DIEGO y JUANA. Esta sale lateral izquierda.

JUANA.

¡Mi Diego!

DIEGO.

¡Juana!

Tras un dudoso problema,  
del que tu amor es emblema,  
mi pobre razon se afana.  
Una sentencia tirana  
sobre mi padre gravita;  
dictala el tuyo y me agita  
amor por tí de tal modo,  
que á entender no me acomodo  
si amor ó deber me excita.  
Juzgo de toda evidencia,  
aunque á mi anhelo no cuadre,  
que no podré llamar padre  
á quien al mio sentencia;  
y en tanto que en mi conciencia  
tan ruda verdad estalla,  
aquí en mi pecho batalla  
otra fiera tempestad;

porque alza aquella verdad  
entre los dos una valla.  
Límite acaso sangriento  
que labran amor... y enojos;  
valla que seca en los ojos  
las fuentes del sentimiento;  
valla que funda el cimiento  
entre rencor y ternura;  
que pródiga de amargura...  
eterno cariño vierte,  
y que mis horas convierte  
en horas de calentura.  
Cálmate.

JUANA.

DIEGO.

¡Juana, no puedo!  
Mi padre peligra.

JUANA.

El mio  
tiene por ley su albedrío.

DIEGO.

¡Ambos se odian!

JUANA.

Concedo.  
Mas si ante el mio intercedo,  
salvaré al tuyo la vida.

DIEGO.

Esta pasión escondida  
hoy brotará de mis labios.  
Ve en mis amores agravios.

JUANA.

Está mi causa perdida:

Yo le diré que en mi pecho  
tengo tu imagen grabada.

DIEGO.

Y él te dirá ¡desdichada!  
que la sentencia es un hecho;  
porque excitado el despecho  
que le causa tal pasión,  
verá que la ejecución  
abre á ese amor un abismo  
desde que me arranca él mismo  
pelazos del corazón.

JUANA.

Pero también irá viendo  
que cifro en tí mi ventura;  
que vivir sin la ternura  
de tu querer no comprendo;  
que desapiadado siendo  
con la pena que te aflija,  
al par que tu suerte fija

- marca la mía inhumano  
y no hay padre tan tirano  
que así sentencie á su hija.
- DIEGO. Cree... me dice el deseo;  
duda... replica el temor;  
que entre su enojo y tu amor  
flotar mi esperanza veo.  
Empiezo á dudar, y creo;  
comienzo á creer, y dudo;  
pues en combate tan rudo  
sin arma alguna penetro...  
que al dardo que vibra un cetro  
no embota ningun escudo.
- JUANA. Sí. De mis ojos el llanto  
moverá su compasion.
- DIEGO. ¡Cuál te engaña el corazon!
- JUANA. ¡No ves que me quiere tanto!...  
Cese tu inmenso quebranto  
y en mí tu esperanza fija.  
Ninguna duda te aflija.  
Cree cual yo, con fe ciega,  
que ningun padre se niega  
al ver llorando á su hija.
- DIEGO. Dulce consuelo derrama  
tu acento en el alma mía.
- JUANA. Cálmate, Diego, y confia  
en la mujer que te ama.  
(Aparece D. Pedro en el foro derecha.)

## ESCENA VI.

DIEGO, JUANA, PEDRO.

- PEDRO. (¡Le encontré! Pero esta dama...  
¿Avanzo? No. Retrocedo.)  
(Disponiéndose á salir de la escena.)
- DIEGO. ¡Mi tío! (Al ver á D. Pedro.)  
¿Quién?  
(Ya no puedo..)
- PEDRO. (Ya no puedo..)
- DIEGO. ¡Mi tío! (Señalando á D. Pedro.)
- JUANA. ¡Ah! (Extraño porte.) (Al verle.)  
Jamás le he visto en la corte.

DIEGO. Vive ignorado en Toledo.  
Llegó al saber que su hermano...  
Y aquí le mandé venir  
porque no sabe vivir  
si no me tiene cercano.  
Doña Juana... (Designándola á D. Pedro.)

PEDRO. (Inclinándose.) (Ya! Esto es llano.)

JUANA. Siendo así, con él te dejo.  
(De esa mirada el reflejo  
me da espanto.)

DIEGO. Vuelve aquí.

JUANA. Habla á mi padre.

(Doña Juana váse lateral izquierda; D. Pedro se inclina ante ella y despues se dirige á Diego con energía.)

PEDRO. Ay de tí  
si tomas tan mal consejo.

### ESCENA VIII.

DIEGO, PEDRO.

DIEGO. ¡Señor!

PEDRO. Es el condestable  
como absorbente cizaña,  
que se nutre con el jugo  
de las espigas lozanas.  
Yerba del mal que se pisa...  
ó á ser posible se arranca;  
pues de ella no hay esperar  
que trueque el veneno en sávia,  
ni que virtud fecundice  
con sus raíces amargas.

DIEGO. ¡Señor!... (Con acento de reconvencion.)

PEDRO. Tus necios amores,  
fingiendo ilusiones vanas,  
te llevan al imposible  
de purificar su causa;  
pero olvidas, insensato,  
que, preso tu padre, aguarda  
el momento en que desborde  
los torrentes de su saña

don Álvaro y del patíbulo  
le obligue á subir las gradas,  
á despecho de ese amor  
que te seduce y engaña;  
que te sume en la impotencia,  
y cual si el tiempo tornara,  
te deja perder las horas  
que pueden labrar tu infamia.

DIEGO. ¡Cómo! (Confuso.)

PEDRO. Un instante perdido  
deja en cien siglos su marca;  
pues hechos é instantes funde  
el tiempo, que nadie aparta.  
Ni el mismo Dios que los crea.

DIEGO. Pero señor...

(No comprendiendo el sentido de las palabras anteriores.)

PEDRO. En tu espada,  
en tu ardor, en tu derecho,  
pon sólo la confianza.  
Únete á los enemigos  
de don Álvaro y arranca  
la libertad de tu padre  
sin humillaciones.

DIEGO. Basta.  
El condestable, señor,  
no firmará.

PEDRO. ¿Y si firmara?

DIEGO. Anularían su firma  
las súplicas de mi Juana,  
y mejor que mis ofensas  
seguramente mis lágrimas.

PEDRO. ¿Y por qué no los sonrojos (Irónicamente.)  
de ir besando sus pisadas  
ú ofrecerle por alfombra  
esa frente, aquellas canas? (Por las del prese.)

DIEGO. ¿Qué humillacion por un padre  
ningun buen hijo excusara?

PEDRO. Está bien. Pide clemencia  
como el reptil que se arrastra;  
convéncete de que buscas  
al duro mármol entrañas;

aprende que la ponzoña  
es siempre ponzoña... y mata;  
aprende bien que del ódio  
nada brota ó brota saña,  
y cuando tengas heridas  
todas las fibras del alma,  
búscame; porque yo guardo  
á tus impulsos un arma,  
contra la cual no es seguro  
ni el templo de su privanza.

DIEGO. ¿Y exigis que yo la esgrima?  
Me asombro...

PEDRO. Si penetrara  
yo, como tú, donde es fuerza  
con energía vibrarla,  
no difiriera un momento  
el esgrimiria. ¡Tal ansia  
despierta en mí el apetito  
que siento de la venganza!

DIEGO. ¿Luego no podeis?...

PEDRO. No puedo.  
Es cosa del rey; su cámara  
cerrada está para mí.

DIEGO. El condestable!  
(Señalando la puerta lateral derecha.)

PEDRO. ¿Qué aguardas?  
Corre á besar presuroso  
humildemente su planta.

DIEGO. Idos ya.

PEDRO. No me conoce.  
¿Qué importa?

DIEGO. Si adivinara...

PEDRO. (Después de dudar un instante.)  
Me iré, pues te causo enojos  
y no es la ocasión llegada  
de probar contra su pecho  
el temple de nuestras armas.  
¡Álvaro! .. ¡Rey de Castilla!...  
(Dirigiéndose á éste, que se supone llega por la  
puerta lateral derecha.)  
¡Nos veremos pronto!...

DIEGO.

Basta.

PEDRO. Acuérdate de mi hermano.

DIEGO. Aquí lo tengo en el alma.

(Váse Pedro, foro derecha.)

### ESCENA VIII.

DIEGO, D. ÁLVARO, precedido de dos pajes y seguido de  
MARTIN.

ÁLVARO. ¡Diego! (Al verlo.) Dejadme.

(Martin y los pajes se retiran.)

DIEGO.

Señor:

lleno de angustia y dolor  
aquí á vuestras plantas llego.

ÁLVARO. Jamás te he escuchado, Diego,  
sin darte muestras de amor.

DIEGO. Ese recuerdo me alienta.  
Mi padre...

ÁLVARO. Su nombre afrenta  
conspirando contra el rey.

DIEGO. ¡Perdonadle!

ÁLVARO. Está la ley  
de verse cumplir sedienta.  
Y cuando de orgullo llenos  
rompen altivos sus frenos  
tantos inquietos señores,  
el perdon á los traidores  
es un insulto á los buenos.

DIEGO. Ved quien por él os impetra.  
Mirad que no se perpetra  
por intentarlo un delito.

ÁLVARO. En su sendero maldito  
quien lo concibe penetra.

DIEGO. ¿De vos tal respuesta llevo? (Con desconsuelo.)

ÁLVARO (Con irresolucion.)

Á perdonar no me atrevo...

DIEGO. ¿Qué más grande que un perdon?

ÁLVARO. Cierto; pero es tentacion  
para delinquir de nuevo.

DIEGO. ¡Yo haré que os rinda probanza  
de no intentar asechanza  
contra vos, en tiempo alguno!

ALVARO. No aprecia favor ninguno  
el que respira venganza.

DIEGO. Su perdon...

ALVARO. Dirá que es miedo.

DIEGO. ¿Sabiendo que yo intercedo?

ALVARO. Por esa razon acaso.

DIEGO. Tal vez mi ingenio es escaso,  
pues comprenderos no puedo.  
¿Cómo si obtiene la vida  
que considera perdida  
negará su gratitud?

ALVARO. No esperes en la virtud  
que un odio en su seno anida;  
pues la rosa más lozana  
no ofrece su aroma ufana  
ni humilde su tallo inclina,  
sin cubrir aguda espina  
bajo sus bordes de grana.

DIEGO. El hielo de vuestros años  
solo ve torpes amaños  
que el odio nutre y anida.  
¡Debe ser triste la vida  
pasada entre desengaños!  
Mas yo que en el pecho mio  
aún guardo fresco el rocío  
de lozana primavera;  
que de la duda primera  
no siento el mortal hastío...  
tan solo á mi padre veo  
luchando con el deseo  
de contener esas horas  
que pasan aterradoras  
sobre la frente del reo.  
Luchando con ese instante,  
en que se mira anhelante  
desde el umbral de la muerte,  
detrás la conciencia inerte ..  
horribles dudas delante.  
En que al sentirse abismada  
el alma desesperada  
en el mundo de sí misma...  
mira... sin hallar un prisma

donde esparcir su mirada;  
y discurre por lo incierto,  
de fe el corazon desierto,  
entre la muerte y la vida,  
con la materia dormida;  
con el espíritu muerto.

ALVARO. ¡Oh! (Conmovido.)

DIEGO. ¡Por piedad!

ALVARO. (Mas conmovido.) Basta, Diego

DIEGO. (Besándole la mano.)

Ved el llanto con que riego  
la mano que le encadena.  
¡Ved que me arranca la pena  
en vez de lágrimas fuego!

ALVARO. Oye.

DIEGO. Decid.

ALVARO. Le perdono.  
Que olvide su antiguo encono  
y que parta.

DIEGO. Os lo prometo.

ALVARO. Mas si renueva su reto  
temerario, le pregono...  
y nunca falta un traidor  
que venda fama y honor  
para saciar su codicia.

DIEGO. Llamaré entónces justicia  
lo que hoy llamaba rigor.

ALVARO. Quien de recto así blasona  
jamás la traicion abona.

DIEGO. No la abono, la maldigo.

ALVARO. Está bien: serás testigo  
de que yerra quien perdona.  
Firmaré. (Disponiéndose á firmar.)

DIEGO. Mostrar codicio,  
que haceis con tal beneficio  
esclava mi voluntad.

### ESCENA IX.

DIEGO, D. ÁLVARO, MARTÍN. Este sale por el foro derecha.

MARTÍN. ¡Señor!

ALVARO. ¿Qué ocurre? Pasad.

MARTIN. Urgente. (Á D. Álvaro entregándole un pliego; despues se dirige á Diego y le pregunta lo que sigue.)

¿Lo hallais propicio?

DIEGO. Sobre la mesa firmado  
está su perdon.

ALVARO. (Viendo el pliego.) ¡Qué miro!

MARTIN. Mis parabienes.

ALVARO. (¿Deliro?)

DIEGO. ¡Gracias!

ALVARO. (¡Estoy aterrado!)

(Leyendo con precipitacion y ansiedad, interin Diego y Martin continúan hablando en voz baja.)

«Si hoy don Álvaro de Luna  
mi cadalso quiere alzar;  
si en él pretende ahogar  
recuerdo que le importuna;  
si así mi nombre deshonra  
cuando sus iras extreme...  
hoy lo he descubierto, teme  
que le demande mi houra.  
Y como no hay esperanza  
en esta cárcel odiosa,  
de poder contra mi esposa  
asegurar la venganza,  
penetra con el acero  
en la raiz de mi ultraje;  
purifica tu linaje;  
corta su vida, si mnero.  
Procúrate...»

(Cesa de leer; Diego le observa desde este momento.)

¡Suerte infiel!...

Al ménos tengo en mi mano,  
y solo yo, el fiero arcano  
de este siniestro papel.

¡Duro trance! Si perdono  
Doña Constanza sucumbe.

¡El castigo de mis faltas (Con tristeza.)

aquí de improviso surge!  
Despejad.

(Martín se retira foro izquierda; D. Diego se aproxima á D. Álvaro.)

- DIEGO. El pergamino...  
(Designando el que ántes firmó D. Álvaro.)
- ALVARO. Espera.
- DIEGO. No sé qué juzgue... (Receloso.)

## ESCENA X.

DIEGO y D. ÁLVARO.

ALVARO. (¡El de venganza sediento;  
Constanza de cuanto ocurre  
sin recelo!)

DIEGO. (¿Qué medita?  
Se agrupan siniestras nubes  
sobre su frente severa  
y nuevo temor me infunden.)

ALVARO. (No hay dudar. Entre la vida  
del que estos delitos urde  
y la de Constanza, es fuerza  
que mi decision pronuncie.)

DIEGO. Señor...

ALVARO. (Sucumba su padre;  
la muerte todo lo cubre.)  
Escucha; de aquel perdon  
(Diego escucha con manifiesto asombro.)  
que tardo en firmar anduve,  
no se hizo esperar el premio.  
Mira tu padre cual rugé,  
declarando á no sé quién  
la saña con que se nutre.  
«Penetra con el acero  
en la raíz de mi ultraje;  
purifica tu linaje;  
corta su vida si muero.»  
Y esta vida que cortar  
loco tu padre presume,  
es la del hombre que olvida  
los atentados que sufre;  
la que ha firmado este pliego; (Por el perdon.)  
la que á cenizas reduce (Lo rasga.)

- de su implacable soberbia  
la mal escondida lumbre.
- DIEGO. ¿Pero eso es verdad, señor?  
Un vértigo que me aturde  
estallando en el cerebro  
mi entendimiento sacude  
y temo que en esta lucha  
razon y vida sucumben.
- ALVARO. Miralo bien.—De tu padre.—  
No hay medio de que lo oculte.  
«Corta su vida si muero.»  
Miralo, Diego, y no dudes  
(Le enseña el pliego; pero de modo que Diego  
pueda ver la letra de su padre, mas no enterarse  
del contenido.)  
por qué ansio convencerte;  
por qué deseo me juzgues  
á través de ese mandato  
cuando mi fallo pronuncie.
- DIEGO. Pero ese pliego...
- ALVARO. (Con amarga ironía.) ¡Este pliego!...  
Quien tales delitos urde,  
paga un traidor que le vende  
si compra quien le secunde.
- DIEGO. (Retirándose lentamente.)  
¡Dios lo ha querido! En la guerra  
dejad que la muerte busque,  
ya que no encuentro razones  
que mi desgracia conjuren.
- ALVARO. (¡Pobre mozo! Bien quisiera  
ahorrarle tal pesadumbre.)  
¡Juana! (Al verla aparecer.)

## ESCENA XI.

- DIEGO, D. ÁLVARO, JUANA. Esta sale lateral izquierda y  
se coloca entre ambos personajes.
- JUANA. ¡Padre mio! ¡Diego!  
¡Tú de ese modo! ¿Qué ocurre?
- DIEGO. Que ya no tengo consuelo.
- JUANA. (Á su padre.) ¿Le has negado su perdón

(Después de una breve pausa.)  
¡Responde en nombre del cielo!  
¡No encierres tu corazón  
en esa cárcel de hielo!

ALVARO. Le he perdonado...

(Juana interroga á Diego con una mirada.)

DIEGO. Es verdad.

ALVARO. Pero otro crimen sin nombre  
le hizo indigno sin piedad.

JUANA. (Con vehemencia y marcando con pausas los pen-  
samientos.)

¡Y tú vas á abrirle á un hombre  
por siempre la eternidad!

¡Tú á arrebatarle el aliento  
que sólo de Dios alcanza!...

¡Tú á cerrarle en un momento  
hasta la justa esperanza  
de un noble arrepentimiento!

¡Tú, con siniestro rigor,  
á pulverizar un ser,

sin mirar, padre y señor,  
que nadie te dió el poder  
inmenso del creador!

Ven tú á suplicarle, Diego.

Dile que más no resista.

¡Dile, con frases de fuego,  
que no recobra la vista

porque le maten un ciego!

¡Que ciego es el delincuente  
y darle vista es deber!

¡Que el reo no se arrepiente  
sin sufrir y padecer

de sus recuerdos en frente!

¡Ven!

DIEGO. ¡Espira en mi garganta  
la voz!

JUANA. (Á su padre.) Tu rencor olvida.

ALVARO. ¿Y la justicia, que es santa?

JUANA. ¡Mas limitar una vida  
es una cosa que espanta!

ALVARO. Quien siega el árbol dañino  
al provechoso enaltece.

- JUANA. Tal vez no; que su destino  
marcó quien todo lo ofrece  
por misterioso camino,  
y acaso hizo el mar surgir  
junto á la cuna del bien,  
para con ambos fundir  
la sávia de un nuevo eden;  
el gérmen del porvenir.
- ALVARO. Dios la justicia aquilata  
y Dios es la eterna luz.
- JUANA. Mas Él no rompe, de:ata.  
¡Ah! ¡No se inspira en la cruz  
esa justicia que mata!  
Dios es el santo cordero  
que dulce piedad pregona,  
que en el suspiro postrero  
á todo el mundo perdona  
desde el sublime madero;  
que flota en la confusion  
del mundo, y desde su altura  
anuncia la redencion  
con infinita ternura,  
perdon, diciendo, perdon.
- DIEGO. No sé qué santa embriaguez...  
Nueva esperanza renace...
- JUANA. ¡Mira al firmar como juez,  
que sólo una vez se nace,  
se muere sólo una vez!
- ALVARO. (Si ante estas razones cejo...)
- JUANA. Ten para Diego clemencia.
- ALVARO. (Expuesta á Constanza de:jo...)
- JUANA. ¡Medita que mi existencia  
es de la suya reflejo!
- DIEGO. (Vas á excitar los enojos  
de adormecidos agravios.)
- JUANA. ¡Mira que vivo en sus ojos  
desde que brota en sus labios  
el fuego de mis sonrojos!
- ALVARO. (Saliendo de su distraccion.)  
¿Qué has dicho, desventurada?
- DIEGO. ¡De nuevo en rencor se abisina!
- ALVARO. Por contemplarte curada

de su amor, á él y á tí misma  
os redujera á la nada.

JUANA.

¡Padre!

DIEGO.

¡Señor!

ALVARO.

Y á tener

recelos, no la evidencia  
que hõy tengo de tu querer,  
pidiera á la omnipotencia  
que no formase tu ser.

DIEGO.

¿Cómo, señor, se concilia  
tal encono y el favor  
conque tu mano me auxilia?

ALVARO.

(Á Diego ) Contra ese imposible amor  
late un odio de familia.

Y es su razon tan suprema,  
que á poderla concebir  
tal como el odio la estrema,  
mejor quisieras morir  
que descifrar el problema.  
Cubra ese amor el olvido,  
que es digno de maldicion.

JUANA.

(Con vehemencia.)

¿Y quién sujeta el latido  
que hasta el propio corazon  
ignora cómo ha nacido?

ALVARO.

Quién sus impulsos domina  
y á la razon los sujeta.

DIEGO.

(Con amargura.)

En vano el loco se obstina  
por subir hasta la meta  
que su delirio imagina.

ALVARO.

Esto ha de ser. Yo lo digo.

## ESCENA XII.

DIEGO, D. ÁLVARO, JUANA, MARTIN. Este sale por el foro  
izquierda.

MARTIN. Señor...

ALVARO.

¿Qué?

MARTIN.

Su alteza el rey...

(Indicando que le llama.)

ALVARO. Voy.

DIEGO. (Á D. Álvaro. Éste da á entender con un ademán que reflexionará.)

El perdón ó el castigo  
cabén sin duda en la ley.  
Sed bondadoso conmigo.

JUANA. ¡Padre! (Suplicándole.)

ALVARO. (En tu estancia escondida

tu amargo pesar devora.  
Olvidalo todo, olvida;  
que estás mirándole ahora  
por vez postrera en tu vida.  
(Váse foro derecha)

### ESCENA XIII.

JUANA, DIEGO.

DIEGO. Ya te dije que este amor  
era infranqueable abismo  
que entre los dos colocaba  
la crueldad del destino.

JUANA. Las almas fuertes se templan  
con el rigor y el peligro.  
Yo esperaré que su enojo  
le marque rumbo distinto  
para apelar á las armas  
inmensas de mi cariño,  
hasta conseguir que ceda  
de sus sangrientos designios.

DIEGO. Y en tanto queda mi padre  
preso, por odios antiguos,  
y roto por siempre el lazo  
que liga nuestros destinos.

JUANA. No. Que si sordo á mis voces  
é insensible á mis suspiros,  
mi padre tan solo escucha  
de sus rencores el grito,  
iré á los piés del monarca,  
que siempre me oye benigno;  
que nunca supo negarse  
al ruego del afligido,

y de mi llanto copioso  
dejando brotar el río,  
no me alzaré de los suelos  
sin ver su perdón escrito.

**DIEGO.** Eso bien. Así me infundes  
nuevo valor, nuevos bríos  
y ya risueña esperanza  
en vez de dudas abrigo.  
¿Qué no domina el amor  
de tal manera sentido?

¿Qué obstáculos no supera?  
¿Quién le ataja en su camino?

**JUANA.** Nadie si aumentan su fe  
persecución y martirio.

**DIEGO.** Vuela, mi Juana querida;  
que como yo no resisto  
ante las dulces promesas  
de tus acentos divinos,  
tampoco sabrá el monarca  
sus generosos instintos  
encadenar, cuando te oiga  
piadoso y enternecido.

**JUANA.** Voy. (Dirigiéndose lateral izquierda.)

**DIEGO.** Y mi alma te llevas. (Acompañándola.)

**JUANA.** Yo te dejo mi albedrío.

**DIEGO.** Para obligarme con él.

**JUANA.** Fía en mí. (Desaparece.)

**DIEGO.** Como en Dios mismo.

(Continúa los versos siguientes sin interrupción.)

## ESCENA XIV.

**DIEGO,** solo.

Que al fin en tanta desdicha  
Él ese ángel me ofrece.  
¿Don Pedro aquí!

(Al volverse ve á D. Pedro, que aparece fondo de-  
recha.)

Me parece  
que no es feliz con mi dicha.

ESCENA XV.

DIEGO y D. PEDRO. Éste sale foro derecha.

PEDRO. Circula ya entre las gentes (Con agitacion.)  
que se ha negado el perdon.

DIEGO. Mi padre dió la ocasion (Con amargura.)  
á ser eso cierto.

PEDRO. ¡Mientes! (Con energia.)

DIEGO. ¡Tío! (Con ira reprimida inmediatamente.)

Yo ví el documento  
que sus rencores publica.

PEDRO. Y yo tambien, que duplica  
quien teme su pensamiento.  
Como éste otro pergamino  
(Mostrándole un pliego.)  
compró á un traidor el de Luna,  
pensando que la fortuna  
solo conoce un camino.

DIEGO. Nada ignoro. Sé el mensaje.

PEDRO. Que dice... (Disponiéndose á leer.)

DIEGO. ¡Mandato fiero! (Conteniéndole.)

«Penetra con el acero  
en la raiz de mi ultraje.»

PEDRO. ¿Y qué más?

DIEGO. Sobra con esto.

PEDRO. No sobra, porque es preciso  
dar á tus odios aviso  
para que ocupen su puesto.  
Y aunque escuchar no te cuadre  
la verdad que aquí palpita,  
presta atencion y medita  
que esto lo firma tu padre.

(Lee con agitacion creciente.)

«Si hoy don Álvaro de Luna  
»mi cadalso quiere alzar,  
»si en él pretende ahogar  
»recuerdo que le importuna,  
»si así mi nombre deshonra  
»cuando sus iras extreme...  
»hoy lo ha descubierto, teme

(Dando gran energía á esta frase.)

»que le demande mi honra.

»Y pues no tengo esperanza

»desde esta cárcel odiosa...»

(Los dos versos anteriores con precipitación; después se contiene y dice los otros dos precipitadamente también, como el que no sabe de qué manera ocultar lo que sigue.)

—Hay un borron; pero es cosa  
así como de venganza.—

«Penetra con el acero

»en la raíz de mi ultraje,

»purifica tu linaje,

»corta su vida si muero.»

DIEGO. ¿Honra el de Luna nos debe?

PEDRO. Aquí tu padre lo dice.

DIEGO. Dejadme... (Queriendo ver el pliego.)

PEDRO. (Evitándolo.) Cuando realice  
lo que me ordena.

DIEGO. Sed breve.

PEDRO. Quien el misterio penetra...

DIEGO. No duda. (Con sequedad.)

PEDRO. (Con enérgica prontitud, enseñándole rápidamente  
el pliego y desviándolo inmediatamente.)

Pues pese á tí,  
mira; y cual dudas de mí  
duda también de su letra.

(Volviendo á leer.)

«Procúrate artero y falso

»que al rey poniendo delante

»su afrenta, mi hijo levante

»contra el de Luna un cadalso;

»y al pisar la última grada,

»á ella por Diego impelido,

»oyendo un sordo zumbido

»entre la plebe aterrada;

»cuando al silbar la cuchilla,

»suspendida por su mano,

»corte la vida al tirano

»vengando nuestra mancilla...»

DIEGO. Seguid. (Con ansia.)

PEDRO. (Con solemnidad.) Un sagrado velo

lo impide.

DIEGO. (Pugnando por apoderarse del pliego.)

Quiero saber...

PEDRO. La senda de tu deber  
conduce al fin del secreto.

DIEGO. Encontrados pareceres  
engendran en mí la duda.

PEDRO. Aquí la verdad desnuda (Por el pliego.)  
marca tenaz tus deberes.

¡Honra tu padre reclama!

¿Eres honrado?

DIEGO. (Con indignación.) ¡Qué afrenta!

PEDRO. Pues debes pedirle cuenta  
á quien tus timbres infama.

Y si el amor de una dama  
lo impide con tiernos lazos,  
debes romper en pedazos  
las mallas de tu pasión;  
que el yugo del corazón

(Con energía creciente.)  
no deja libres los brazos.

Y pregonando inclemente  
que aquí se ofende á la ley,

colocar debes al rey  
de sus sonrojos en frente.

Sublevar toda la gente  
que el torpe privado humilla;

fecundizar la semilla  
del descontento que cunde;

pedir al pueblo que funde  
decoro y honra en Castilla.

DIEGO. Sea pues. (Con resolución.)

PEDRO. Esto te exijo.

DIEGO. Aunque el dolor me taladre  
eternamente aquí fijo, (Al corazón.)

intentaré cuanto un hijo  
debe intentar por su padre.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

D. ÁLVARO y MARTIN.

ÁLVARO. ¡Hola! (Despues de escribir en un pergamino.)

MARTIN. Señor. (Apareciendo foro izquierda.)

ÁLVARO. (Dándole el pliego que escribió.)

Al alcaide

del castillo. En ese pliego  
que tú mismo has de entregar,  
se oculta un grave secreto.  
Recuerda cómo castigo;  
ten presente cómo premio,  
y procura ser en todo  
sagaz, activo y discreto.

MARTIN. Ni galardones codicio  
ni justos rigores temo;  
cimentada mi obediencia  
en amor como en respeto,  
á una señal de disgusto  
sinceramente padezco,  
y un signo de aprobacion  
basta y sobra á mi contento.

ÁLVARO. Ya sé que puedo estimarte

como al mejor de los buenos,  
y si al favor de su alteza  
por dicha de todos vuelvo,  
tú verás que mi memoria  
no debilitan los tiempos.

MARTIN. En mí imperais como impera  
el ánimo sobre el cuerpo.

ALVARO. Ya lo sé, Martin, y acaso  
necesite de tu esfuerzo  
muy pronto. Desde la muerte  
del buen Alonso Vivero, (Irónicamente.)  
que, por azar desdichado,  
cayó de la torre al suelo  
en esta casa, me agitan  
muchos presagios funestos.  
Acrecen mis enemigos;  
el rey se muestra severo,  
y adivino que la lucha  
no ha de tardar mucho tiempo.

MARTIN. Entre vos y los contrarios  
que os dan la envidia y los celos,  
sabré interponer, señor,  
mi lealtad y mi pecho.

ALVARO. Gracias, Martin. Á la envidia  
conteste sólo el desprecio;  
que el envidiado posee  
en cada envidioso un siervo,  
y harto sufren con sus dichas  
los más agudos tormentos.  
Vé al castillo. Dí al alcaide  
que al punto...

MARTIN. Voy. (Se dirige al foro y vuelve.)  
¿Y don Diego,

que muy impaciente aguarda  
en el antiguo aposento?...

ALVARO. Déjale franca la puerta...  
(Y Dios me ayude.)

MARTIN. (Váse foro derecha.) Obedezco.

ESCENA II.

D. ÁLVARO.

Sálvese doña Constanza,  
cariño y honor la debo;  
es necesario que pague  
sin reparar en el precio.  
¿La vida de un desdichado,  
que nunca debiera serlo  
á no hallarme en su camino,  
inmolaré á mis proyectos?  
Sí; pues quizá de tal modo  
evito un crimen horrendo;  
salvo á esa triste mujer;  
separo á Juana y á Diego;  
doy, si no puedo ventura,  
tranquila calma á su pecho,  
y escucho yo nada más  
la voz del remordimiento.

ESCENA III.

D. ÁLVARO y DIEGO. Éste sale foro derecha.

DIEGO. Señor. (Con sequedad.)

ÁLVARO. Diego...

DIEGO. (Observando el efecto que sus palabras causan en B. Álvaro.)

En torno á vos  
con loca impaciencia giro;  
que en este ambiente respiro  
algo que atañe á los dos.  
Acaso el poder de Dios  
me impulse con fuerza ruda;  
acaso Luzbel sacuda  
en mí este ardiente volcan,  
donde agitándose están  
los demonios de la duda.  
Duda en que ansioso me anego  
y á la que nada pregunto..  
temiendo llegar al punto

de querer quedarme ciego.  
¡Duda á quien loco me entrego...  
pidiendo con terquedad  
que insista la oscuridad  
do luces radiantes brotan;  
que haya sombras, donde flotan  
los rayos de la verdad!  
Rayos de luz que yo he visto  
iluminando tal prueba,  
que á la conviccion me lleva  
con fuerzas que no resisto;  
pues si en mis dudas insisto  
hasta ellas me hacen traicion,  
y pregunta el corazon  
á quien le roba la calma,  
si es justo el amor del alma  
ó el odio de la razon.  
Decid.

ALVARO. (Con asombro.) ¿Yo?

DIEGO.

Vos. Há un instante

ví, con terror y sonrojes,  
de mis deslumbrados ojos  
un pergamino delante;  
en él vuestro encono fijo  
señaló, miré y ví algo  
que repugnaba al hidalgo  
y aterrorizaba al hijo.  
¡Tan hondo el pesar sentí  
que mi lengua enmudeció!  
¡Luégo un acento vibró!  
Me dijo, «lee» y leí...  
«Penetra con el acero  
»en la raiz de mi ultraje.  
»Purifica tu linaje.  
»Corta su vida si muero.»

ALVARO.

Es verdad.

DIEGO.

Y así ofuscada  
mi razon, quedó sumida  
en negra noche; dormida  
su penetrante mirada.  
Ya á mis solas concebí  
que algo faltaba al mensaje,

y, batallando, el ultraje  
completé; reconstruí.

ALVARO. ¡Cómo! (Con sobresalto.)

DIEGO. Escuchadme y juzgad  
cual se hace en la noche el día  
si exaltan la fantasía  
fulgores de la verdad.

(Señalando en el espacio como si fuera en un  
pliego.)

«Si hoy don Álvaro de Luna  
»mi cadalso quiere alzar...»

ALVARO. ¿Qué es esto? (Con asombro y terror.)

DIEGO. «Y en él ahogar

»recuerdo que le importuna;  
»si así mi nombre deshonra  
»cuando sus iras extreme...»

ALVARO. (¡Desdichado de mí!)

(Comprendiendo que Diego ha descubierto el se-  
creto.)

DIEGO. «Teme  
»que le demande mi honra!»

ALVARO. No sigas. (Con espanto.)

DIEGO. Así el ultraje  
responde completo á todo.

ALVARO. Calla, calla, (id.)

DIEGO. De este modo  
nada le falta al mensaje;  
y en vano los ojos ciego  
por no ver tanta maldad,  
que escribe en vos la verdad  
con caracteres de fuego.  
¡Pinta en la faz que demuda  
sombas de negro capuz;  
miro, y como hay tanta luz,  
ya no es posible la duda!

ALVARO. ¡Basta ya!

(Queriendo hablar con un tono de autoridad que  
no le es posible usar.)

DIEGO. ¡Por vida mía!

(Exaltándose gradualmente.)  
¿No advertis que trato de honra  
y el rencor de mi deshonra

en desbordarse porfia?  
¿Que exijo, aunque mal os cuadre,  
rasgueis de este arcano el velo;  
que os invito á mortal duelo  
para vengar á mi padre!

ALVARO. ¡Tú! (Con espanto, pero sin temor.)

DIEGO. ¡Yo!

ALVARO. ¿Por qué convencerte  
de que en mí tu honor estribe?

DIEGO. Porque mi padre lo escribe  
desde el umbral de la muerte.

ALVARO. ¿Tu padre me acusa?

DIEGO. Sí.

ALVARO. ¿De qué delito?

DIEGO. No sé,  
ni me importa; de honra fué;  
con esto me sobra á mí.

ALVARO. (Con amargura)

Acabemos. Tú no mides  
el abismo que franqueas.

¡Reñir conmigo deseas!

¡No sabes, no, lo que pides!

DIEGO. Pues abridme la prision  
de mi padre, y en lid cruenta  
lavada quede su afrenta  
con sangre del corazon.

ALVARO. ¡Imposible!

DIEGO. Esa palabra,  
excitando mi rencor,  
despierta el ciego furor  
que múltiples odios labra.  
Y siento de ira convulso,  
que ya se acerca el momento  
de que obre en mí violento  
algun frenético impulso.

ALVARO. ¡Diego!

DIEGO. Si importa al tirano  
que nos deshonra y humilla,  
no sufrir ante Castilla  
sobre su rostro esta mano,  
termine ya la batalla  
que entre honor y deber libran;

que aquí los acentos vibran (Por el cerebro.)  
de la tormenta que estalla;  
que olas de sangre me ciegan  
y aquí se agolpan hirvientes (Por id.)  
gritando: «Los Benaventas  
á tu justicia le entregan.»

ALVARO. ¡Loco!

DIEGO. Sí, loco en verdad,  
que viene á lavar su afrenta  
y al propio tiempo sustenta  
del pueblo la libertad.

ALVARO. ¡Tú!

DIEGO. ¡Yo!... Que mi nombre doy  
al pueblo que se subleva;  
que á donde airado me lleva  
con tal de vengarme voy,  
y con suplicios acerbos  
he de mostrar al tirano,  
que este pueblo castellano  
ni engendra ni nutre siervos.

ALVARO. ¡Basta ya!

DIEGO. No basta. Quiero  
purificar mi linaje  
y la raiz de mi ultraje  
desentrañar con mi acero;  
ó bien, del pueblo á las iras,  
hacer que broten querellas  
en el terreno que huellas;  
en el aire que respiras;  
y á fin de abrir un abismo,  
que toda concordia excluya,  
(Disponiéndose á cruzarle el rostro.)  
quiero ver la afrenta tuya  
este día y aquí mismo.

ALVARO. ¡Poder de Dios! ¡Insensato!  
¿Qué intentas?

DIEGO. Lanzar audaz  
en tu rostro...

ALVARO. ¡Tú!... ¡En mi faz!...

(Sujetándole el brazo.)  
¿Y te he visto? ¿Y no te mato?  
¡Hola! ¡Al castillo! ¡Martín!

(Dirigiéndose al foro gritando.)  
¡Traedme aquí al reo! ¡Pronto!  
(¡Si llegan á tiempo!..) ¡Afronto  
el duelo mortal!...

DIEGO. ¡Al fin!...

ÁLVARO. ¡No ha de contemplar mañana  
esa luz!

DIEGO. ¡Dios mio! ¡Ella! (Viendo á Juana.)

ÁLVARO. ¡Yo te juro!...

DIEGO. ¡Aciaga estrella!

ÁLVARO. ¡Que ha de morir!

DIEGO. Callad.

ÁLVARO. (Al verla.) ¡Juana!

#### ESCENA IV.

D. ÁLVARO, DIEGO y JUANA. Ésta sale lateral izquierda  
y se coloca entre ambos personajes.

JUANA. ¡Padre! Acabo de saber  
que has negado tu perdón  
y no acierto á comprender  
por qué suprema razón  
mi dicha quieres romper.

ÁLVARO. Hoy no es de perdones día;  
que así al infierno le plugo.

DIEGO. No insistas en tu porfía.

JUANA. No puedo sufrir el yugo  
de tan horrible agonía.  
Aquí me finjo, aquí veo (Por la mente.)  
aquella cárcel oscura;  
oír la plegaria creo  
que entre sollozos murmura  
por última vez el reo,  
y en la densa oscuridad  
que pálida luz colora  
á trechos, la soledad  
de un sacerdote... que ora  
al pie de la eternidad.  
Miro del antro surgir  
una sombra que me espanta;  
siento hasta el aire latir;

oigo el eco que levanta  
los muros repercutir.  
Miro la sombra avanzar;  
al reo... retroceder;  
al sacerdote... llorar...  
gemidos y ecos crecer...  
luego extinguirse... y callar.  
Después, la sombra que hierde  
huye por la ancha crujía;  
la luz resistirse quiere...  
lanza un destello sombrío...  
lo ve todo muerto... y muere.

¡Y no todo acaba! Lento  
recoge el aire la nota,  
la acusación, el lamento  
de alguna sangrienta nota  
que choca en el pavimento.  
¡Así una existencia espira!  
¡Ah! ¡Cruel sociedad retrata,  
que el genio del mal inspira,  
aquel verdugo que mata  
sin compasión y sin ira!

DIEGO. Ese cuadro aterrador  
no pongas ante sus ojos.  
No lo comprende. El furor  
creciente de sus enojos  
no deja espacio al dolor.  
JUANA. ¡Diego! ¡Padre!  
(Conteniendo al primero y suplicando al segundo.)

DIEGO. No hay manera  
de rendirle al sentimiento.  
¡Tanto el coraje le altera!

JUANA. ¡No amargues mi sufrimiento! (Á Diego.)

ALVARO. Sí; necesito que muera. (Abstraído.)

DIEGO. Ó que mate.

JUANA. ¡Calla, Diego!

¡Padre!  
(Á Diego.) ¡No excites su encono!

DIEGO. ¿Qué me importa?

JUANA. (Á D. Álvaro.) ¡Oye mi ruego!

¡Perdona!

ALVARO. No, no perdono.

JUANA. ¿Estás, por desdicha, ciego?  
¿Has llegado á meditar  
que al cumplirse la sentencia,  
van tu reposo á turbar  
los gritos de la conciencia?  
¿Tú sabes lo que es matar?  
Un desdichado que implora...  
Un sayon que le atavie...  
Una tumba que devora...  
el ángel malo que rie  
y el ángel bueno que llora; (Pausa.)  
y marcando el tiempo fijo,  
que sólo el Eterno abarca,  
un hombre... y un crucifijo,  
y aquel poniendo su marca  
sobre lo que éste bendijo. (Pausa )  
Un grano de arena al fin  
que rueda al fondo. ¡Inhumano!  
Y, de uno en otro confin,  
voz que pregunta: «¿Tu hermano!  
¿Qué es de tu hermano? ¡Cain!»  
Huir quieres, no hallas donde;  
que siempre la voz te sigue  
á donde el miedo te esconde.  
Te aterras, más te persigue,  
llamas á Dios... ¡No responde!  
¡Padre! que te han de juzgar!  
¡Que aquella voz has de oír  
contra tus hechos clamar!  
¡Aprende, aprende á morir,  
mas no aprendas á matar!

ALVARO. Calla. (Conmovido.)

DIEGO. (El alma me conmueve.)

ALVARO. (La sangre mi rostro abrasa...  
¿Y Martín? (Mirando al foro.) ¡Fortuna alevé!)

JUANA. ¡Medita que el tiempo pasa  
y que la vida es muy breve!

ALVARO. Bien. (Conmovido y como dejándose convencer.)

JUANA. ¡Conseguimos la palma  
del triunfo!

DIEGO. Yo no.

JUANA. ¡Los dos!

ALVARO. Tú eres la paz; tú la calma. (Abrazándola.)

JUANA. (Con exaltación.)  
¡Porque hablo en nombre de Dios  
y desde el fondo del alma!

### ESCENA V.

D, ALVARO, JUANA, DIEGO y D. PEDRO. Este sale foro derecha.

PEDRO. Calles y plazas corriendo  
van, en creciente tumulto,  
los de Estúñiga y Plasencia,  
que acaban de entrar en Búrgos.  
Gritan que Alonso Vivero  
no cayó desde aquel muro (Señalando al foro.)  
há tres días, por azar.  
Hablan de crimen oculto.  
Dicen que mano traidora  
pagó el homicida impulso,  
y al estrellarse... justicia  
apellidó el moribundo.

ALVARO. ¿Eso dicen?

PEDRO. Dicen más.

Añaden que á su conjuro  
cruzó el infame asesino  
las galerías convulso,  
llevando escrito en el rostro  
de sus delitos el surco.  
Añaden... Si os interesa  
saber más, salid y os juro  
que habreis de escuchar al paso  
algo que os cause disgusto.

ALVARO. Voy pues.

(D. Álvaro se dirige á la puerta reservada, Diego se le interpone y cuestionan allí mientras el diálogo de los otros personajes, de modo que Don Álvaro y Juana desaparezcan al propio tiempo de la escena.)

PEDRO. (Con precipitación.) (Salid, doña Juana.  
He de hablar á Diego al punto,  
porque su padre... su padre,

- JUANA. Llegado el instante último...  
No ha que temer; su perdón  
tengo, don Pedro, seguro.
- PEDRO. No hay nada sino el morir  
asegurado en el mundo.
- JUANA. Mas...
- PEDRO. Ya no resta esperanza  
ni aun en la paz del sepulcro.
- JUANA. Hablaré al rey.
- PEDRO. (Con siniestra alegría.) ¡Al rey vos?  
¿Vos le hablareis?
- JUANA. ¡Os lo juro!
- PEDRO. Volved; pues para el monarca  
conservo un medio seguro.
- JUANA. Iré á verle; pero á Diego  
no le digais...
- PEDRO. Seré mudo.)  
(Váse D. Álvaro por la puerta secreta y Doña  
Juana por la lateral izquierda.)

## ESCENA VI.

DIEGO y D. PEDRO.

- PEDRO. (Cambiando de tono y con viveza, amargura y  
cólera.)  
Cuando al castillo llegué  
ví un clérigo y un sayón;  
sentí frío al corazón...  
me estremecí... pero entré.  
Cruzo la bóveda umbría;  
avanzo, y ver me parece  
una luz que desfallece  
junto á un hombre en la agonía.  
Corro, y al fulgor cercano  
de luz que cárdena brilla,  
veo un Cristo, una cuchilla  
y un cuerpo inerte. ¡Mi hermano!
- DIEGO. ¡Mi padre!
- PEDRO. ¡Tu padre! ¡No!  
¡Porque su justa venganza  
no tiene más esperanza

- ni más adalid que yo!
- DIEGO. (Sin oír á D. Pedro.)  
¡Mi padre! ¡Triste de mí!  
¡Un clérigo y un sayon!  
¡Oh! ¡tan inicua traicion  
jamás me ha cabido aquí! (Por el cerebro.)
- PEDRO. ¡Llora! La suerte está echada.
- DIEGO. ¿Ya no he de verle? ¡Mentira!  
(Sin atender á D. Pedro.)
- PEDRO. ¿No sabes tú lo que inspira  
quien llora ciñendo espada?
- DIEGO. ¡Mentira! El reto admitió (1a.)  
don Álvaro. Sí, estoy cierto:  
no cabe duda. ¡Y lo ha muerto!  
¡Y él vive! ¡Y respiro yo!  
Mas juro que he de llenar  
las crónicas burgalesas,  
con las ardientes pavesas  
de este maldito solar.  
He de sujetarme al yugo  
de mi armadura acerada,  
hasta dejarle en la grada  
bajo el poder del verdugo,  
y hacer que digan las gentes  
maldiciendo en cualquier trance:  
«¡Permita Dios que te alcance  
venganza de Benaventes!»
- PEDRO. Pues bien; para esa venganza  
conservo aquí tal conjuro,  
que no ha de serle seguro  
el templo de su privanza.
- DIEGO. ¿Qué debo hacer?
- PEDRO. Á su alteza  
entrega hoy mismo este pliego;  
(Mostrándole uno que trae oculto.)  
que lea, y si lee... Diego,  
esto vale una cabeza.
- DIEGO. Yo lidio á la luz del día  
como hidalgo y caballero.
- PEDRO. Yo que lo mate prefiero  
la reina doña María.
- DIEGO. ¿Estais demente quizás?

¿No ha muerto?  
PEDRO. (Por el pliego.) Quien esto escribe  
no muere nunca; aquí vive:  
llévalo al rey y verás.

DIEGO. ¿Cartas?

PEDRO. Cartas. No te asombre;  
de amor.

DIEGO. ¡La reina perjura!

¿Es que no hay honra segura  
donde penetra ese hombre?

PEDRO. Tú lo has dicho.

DIEGO. ¿Y cómo vos?...

PEDRO. Óyeme y verás patente  
cómo sigue al delincuente  
con recta justicia Dios.  
Alejada de la córte  
vivió en la imperial Toledo  
la bella Irene de Olmedo,  
que fué mi encanto y mi norte.  
Ya por entónces mi hermano,  
á despecho de Constanza,  
tu madre, formó alianza  
de nobles contra el tirano.  
El condestable impaciente  
vengarse en todos trazó  
y de este suelo extrañó  
la raza de Benavente.  
Sin conocerme siquiera,  
sin agravios que vengar,  
me hizo prender, maniatar  
como si fuese una fiera.  
Sangrienta fué la jornada;  
luché y luché... pero al cabo  
vendido fuí como esclavo  
al rey moro de Granada.

DIEGO. ¿Eso más!

PEDRO. Y nadie supo,  
ni mi hermano ni mi esposa,  
que suerte tan oprobiosa  
por largos años me cupo.  
Sin dato ninguno cierto  
juzgó la imaginacion.

Unos dijeron: «Prision.»

Dijeron los otros: «Muerto.»

Por fin, de aquella tortura

salí, dejando á Granada

á favor de una algarada;

merced á una noche oscura.

Corrí á Toledo; llegué

ansioso de amor, de calma,

y mi existencia y mi alma

heridas de muerte hallé.

DIEGO. ¡Irene?...

PEDRO. ¡Sí, en la agonía

estas cartas me entregó!

¡Desde entónces guardo yo

letras de doña María!

¡Desde entónces tengo aquí (Al cerebro.)

grabado, perenne, fijo,

esto que Irene me dijo

al despedirse de mí!

DIEGO. Seguid.

PEDRO. «Él rompió los lazos

»que á tí me unían. Lloré,

»pedí perdon, supliqué

»que te volviera á mis brazos.

»¡Ruego inútil! Pero alcanza,

»si no este amor porque muero,

»al ménos el goce fiero

»de asegurar tu venganza.

»Pesarosa, más discreta,

»aun á riesgo de mi fama,

»al ser de la reina dama,

»viví en su historia secreta,

»y Dios ó Luzbel un día

»quisieron que, por azar,

»llegase yo á custodiar

»cartas de doña María.

»Estas son. En su fiereza

»mató nuestra dicha, es cierto;

»pero hoy que la reina ha muerto,

»toma, Pedro, su cabeza.»

Esto dijo y espiró.

¡Matar á ese vil juré!...

¡Medita si cumpliré  
mi justa venganza yo.  
Pero don Juan...

DIEGO.  
PEDRO.

Enlazado

á otra mujer virtuosa...  
ya no recuerda la esposa  
que mancilló su privado;  
más si al verse escarnecido  
sube esta afrenta á la faz...  
medita de qué es capaz  
todo un monarca ofendido.  
Excite, pues, su coraje  
aqueste dardo certero;  
rasga atrevido el primero  
los velos de tal ultraje;  
empuje tu mano airada  
sin vacilar al destino;  
hazle andar todo el camino  
del cadalso grada á grada,  
y allí...

DIEGO.

Me incitais en vano:

hidalgo, noble naef,  
no fuera digno de mí  
lo que repugna á un villano.  
Espada guardo en el cinto;  
razon y energía siento;  
cunde fuera el descontento  
contra este infame recinto;  
dejadme hacerle pedazos  
y arrancarle el corazon.  
¡No he menester ser felon  
teniendo justicia y brazos!  
(Váse foro derecha.)

## ESCENA VII.

D. PEDRO.

Loco, loco, que persigue  
aquella víbora aleve  
en alas de una hidalguía  
que su adversario no entiende,

teniendo en sus manos armas  
que vibran rayos de muerte.  
Tambien yo quiero lidiar  
con el traidor frente á frente;  
mas puede adversa fortuna  
darle modo de vencerme,  
y no riño sin certeza  
de que su tronco ha de verse  
donde Castilla á sus anchas  
atónita le contemple.  
Sí; que morir sin vengarse...  
¡Por Dios! Es morir dos veces.  
¡Juana! (Al verla.) El medio más seguro  
de lograr...

### ESCENA VIII.

— PEDRO, JUANA y MARÍA. Estas salen lateral izquierda.

JUANA. ¡Vuela! Prevenles  
que voy á salir al punto.

MARIA. ¿En litera?...

JUANA. Sí.

PEDRO. (Con satisfaccion.) ¡Bien!

JUANA. (Á María.) Vete.

(Váse María foro derecha.)

### ESCENA IX.

D. PEDRO y JUANA.

PEDRO. (Lograr que su propia hija  
sea el brazo que nos vengue,  
es conseguir lo que nunca  
pude esperar de la suerte.)

JUANA. Veré á su alteza ahora mismo.

PEDRO. (Con irónica cortesania á fin de que contraste con  
el tono empleado en los dos versos últimos de la  
escena.)

Id, señora: de vos pende  
ver cumplida la esperanza  
que nos alienta y sostiene.

Llevalle este pergamino;  
si rasga este sello y lee...  
posible es que su lectura  
en todo el reino resuene.

JUANA.  
PEDRO.

¿Tanto esperais?  
Tanto espero  
de lo que el pliego contiene,  
que diera mi sangre toda  
por ver el acto solemne  
en que rasgando su alteza  
la doble cubierta, lee...  
y no le cabe en el alma  
el gozo inmenso que siente.

JUANA.  
PAJE.  
JUANA.

Voy pues.  
La litera. (Desde el foro.)  
El cielo

PEDRO.

nos ayude.

Hacerlo debe.

(Acompaña á Doña Juana hasta el foro derecha,  
la despide con un ademan, y despues de una bre-  
ve pausa, dice con expresion amenazadora.)  
(Anda; que van en tus manos  
los odios de Benavente.)

## ESCENA X.

PEDRO, MARTIN, por el foro izquierda y D. ÁLVARO, que  
sale por la puerta secreta.

MARTIN. ¡Señor! ¡Señor! ¡Á las armas!  
¡Nos cercan ya!

ÁLVARO. (Encontrándose con Martin.) Lo sé. Vete.

MARTIN. Pacheco, Giron, Carrillo,  
acaudillando la plebe,  
ponen asedio á la casa.

ÁLVARO. Cierra las puertas. Prevente  
con Chacon, Sesé y Zepeda  
á exterminar esas huestes,  
y el que ose llegar al muro  
halle en el muro la muerte.

MARTIN. Voy.

- ALVARO. No haya piedad.  
(Al retirarse Martín, D. Álvaro le contiene.)  
(Escucha.)  
Y... ¿el padre de Benavente?) (Con ansiedad.)
- MARTIN. (Con aflicción.)  
(¡Ah, señor! Cumpli el mensaje.  
¡No hay remedio!) (Váse foro izquierda.)
- ALVARO. (Con desaliento.) (Dios lo quiere.)
- PEDRO. (Ya se condensa la nube.)
- ALVARO. Vé pues. ¡Corazon, no tiembles;  
quizá o'ro amigo mañana  
en la aflicción no me reste.)  
(Se dirige á su aposento.)

## ESCENA XI.

D. PEDRO y D. ÁLVARO.

- PEDRO. Oid. (Cerrándole el paso.)
- ALVARO. ¿Sois?... (Con impaciencia.)
- PEDRO. Aquel hidalgo  
que, al ver del motin el sesgo,  
vino á advertiros del riesgo.
- ALVARO. Gracias. (Disponiéndose á avanzar.)
- PEDRO. Oid. (Conteniendo á D. Álvaro.)
- ALVARO. (Dando un paso hácia su aposento.)  
Pronto salgo.
- PEDRO. No: sin saber lo que valgo;  
quién soy; por qué frente á frente  
aquí os contengo impaciente;  
no pasais aunque os asombre.  
Todo ello lo explica un nombre.  
Soy Pedro de Benavente.
- ALVARO. ¡De Benavente!
- PEDRO. Una historia,  
cuyo recuerdo os espanta,  
mi nombre sólo levanta  
sin duda en vuestra memoria.  
Vuestra ansiedad es notoria  
y claramente evidencia  
cómo surge en la conciencia,  
de cierto crimen lejano

sombra, que agita la mano  
tenaz de la Providencia.

ALVARO. No entiendo...

PEDRO. Vuestra venganza

mató mi felicidad.

Luégo mi hermano... Evocad  
su nombre y el de Constanza.

Decidme si su alianza  
que formásteis previsor,  
fué un sarcasmo á nuestro honor  
artero, vil, repugnante.

Mas no lo digais: bastante  
lo dice vuestro terror.

En esos círculos rojos (Por los ojos.)  
miro sus huellas latentes.

Ahí están. ¡Los delincuentes  
debieran cegar sus ojos!

Quizá no sienten sonrojos:  
quizá su voz no vacila...

pero en sus ojos rutila  
el crimen de tal manera,  
que brotar lo ve cualquiera  
del fondo de la pupila.

(Señalándole con tenacidad.)

ALVARO. ¡Oh! (Entre confuso é irritado.)

PEDRO. Sí. En la vuestra se pinta

dolo, perfidia, traicion,  
en fin, todo el corazon  
de una manera distinta.

No hay clara ninguna tinta.

Cuando en buscarla me obstino,  
dos rayos á ver atino

que brillan como ninguno:

«adúltero» dice el uno,  
y dice el otro «asesino.»

ALVARO. ¡Vive Dios!... (Con ira.)

PEDRO. (Apoderándose de la frase.) Para tu mal;

que has burlado su poder,  
y ansiando el límite ver

de tu soberbia infernal,  
me ofrece venganza tal

que no acierto á darla nombre.

Venganza, cuyo renombre  
dirá á la edad venidera  
que no hay en el mundo fiera  
más despiadada que el hombre.

ALVARO. ¡Tú lo has dicho!... ¡Á mi coraje!...  
¡Hola!...

PEDRO. (Con ironía.) ¡Si están en la lucha!...

ALVARO. (Empuñando la daga sin sacarla y haciendo ademán de acometer.)  
¡Yo mismo!...

PEDRO. (Saca la espada y contíngese á D. Álvaro.)  
El alcance escucha

de mi venganza salvaje.  
Tuve pruebas de un ultraje  
que al rey con ludibrio marca;  
su alteza ahora mismo abarca  
el oprobio que allí asoma  
y sobre tí se desploma  
la indignacion del monarca.

ALVARO. ¿Qué dices? (Atónito.)

PEDRO. Que tu agonía  
hoy prepara una doncella  
y defienden mi querella  
cartas de doña María.

ALVARO. ¡Jesús!... (Con espanto.)

(Se oyen rumores lejanos y no muy perceptibles, que no cesan hasta la salida de D. Álvaro, y que aun entónces no cesan por completo, reproduciéndose hasta que aparece Destúñiga.)

PEDRO. Que de tu osadía

el rey las pruebas recorre;  
que en tanto la plebe corre  
á las armas contra tí;  
que estás cercado por mí  
y que nadie te socorre.  
Ahora bien: si por tus venas  
ardiente sangre circula;  
si el furor que te estimula  
en vano iracundo enfrenas;  
si el odio desencadenas  
que en tí palpita... esto es hecho..  
Riñe, dándome ocasion.

- (D. Álvaro se dirige convulso de ira á un trofeo de armas y alcanza una espada.)  
de herirte en el corazon,  
si hay corazon en tu pecho.
- ALVARO. Cubrir el tuyo procura,  
que nadie venció mi espada.
- PEDRO. Por si acaso, reservada  
te guardo tal amargura,  
que descender de tu altura  
ó morir entre esa gente, (Por el pueblo.)  
te fuera grato accidente  
á conocerla.
- ALVARO. (Cerrando con D. Pedro.) ¡Ay de tí!
- PEDRO. (Id. con D. Álvaro.)  
¡De quién?... ¡Reniego de mí  
si no te marco en la frente!
- VOZ. (Dentro.) ¡Viva Castilla!  
(Contesta con un viva el pueblo.)
- PEDRO. (Con ironía.) ¡Qué ufana  
la plebe!... Mas no te azores  
así...
- VOZ. (Dentro.) ¡Mueran los traidores!  
(Contesta el pueblo con un muera.)  
¡Viva el rey! (Id. con un viva.)
- JUANA. (Desde dentro, con un grito de suprema an-  
gustia.)
- ¡Padre!
- ALVARO. (Suspendiendo la lucha.) ¡Mi Juana!

## ESCENA XII.

- D. PEDRO, D. ALVARO, MARTIN. Éste sale despavorido  
foro izquierda, seguido de algunos guardias.
- MARTIN. (Con rapidez.) ¡Señor! La turba villana  
acosa...
- ALVARO. (Con suprema angustia.) ¡Á mi hija?
- MARTIN. ¡Sí!
- ALVARO. ¡Ay de ellos! ¡Espera aquí!  
¡Guárdale! (Por Pedro.) ¡Si huir concierta  
le matas! ¡Pronto! ¡Á la puerta!  
(Sale gritando foro derecha.)

¡Abrid esa puerta! ¡Á mí!

(Los guardias siguen á D. Álvaro, excepto dos que se quedan á una indicacion de Martin.)

### ESCENA XIII.

D. PEDRO, MARTIN.

MARTIN. Dadme ese acero. (Á D. Pedro, con sequedad.)

PEDRO. Lo guardo

y es lo mismo. (Envainando.)

MARTIN. Una mirada

que sorprenda en vuestros ojos,

y al verla no me complazca,

el fin de vuestra existencia

con sus destellos señala.

PEDRO. Quiero vivir; necesito

(Atravesando la escena para llegar al mirador.)

vivir para mi venganza,

y esto sólo garantiza

en mí, inalterable calma.

(Después de mirar al exterior.)

Pero ved, se abre la puerta.

MARTIN. (Mirando.) Cierto. Mi señor rechaza

las turbas con ese empuje

que á toda Castilla pasma,

y se revuelve furioso

en busca de doña Juana

como la tigre á quien roban

los hijos de sus entrañas.

PEDRO. Pero ella... No la distingo

entre esas olas humanas.

MARTIN. Ni yo escucho más acento

que roncos gritos de rabia,

que se cruzan y se chocan

en estridente algazara,

formando un confuso coro

de maldición y amenaza.

PEDRO. Ya retrocede. (Rapidez.)

MARTIN. ¡Le acosan!..

PEDRO. Y de cerca.

MARTIN. ¡Ya traspasa

- el umbral!
- PEDRO. Sí.
- MARTIN. ¡Mi deber  
en su defensa me llama!
- PEDRO. Id en buen hora; mas temo  
que llegueis en hora mala,  
pues la estrella del poder  
cuando se eclipsa se apaga.
- MARTIN. Esa razón me decide.  
(Dirigiéndose á la puerta.)
- PEDRO. ¡Hélo aquí!
- (Al ver á D. Álvaro que se bate en retirada.)
- MARTIN. ¡Fortuna ingrata!  
(Colocándose al lado de D. Álvaro.)

#### ESCENA XIV.

D. ÁLVARO, PEDRO, MARTIN, DESTÚÑIGA, SOLDADOS  
de uno y otro bando, pueblo.

- ÁLVARO. ¡No cedo, no; que mi ley  
aún se obedece en Castilla!
- DEST. Ante el rey todo se humilla  
y os prendo en nombre del rey.
- ÁLVARO. ¿Del rey?
- DEST. Mirad. (Mostrándole la órden.)
- PEDRO. (Á D. Álvaro.) (Tu cabeza  
tengó al fin.)
- ÁLVARO. (¡Dios soberano!)
- PEDRO. (Ya te dije que un arcano  
desentrañaba su alteza.)
- ÁLVARO. ¡Oh! (Con ira. Pausa.)  
Mi espada. (La entrega. Pausa.)  
Humilde acato  
la decision de mi dueño.  
(Á Pedro.) (Mas si despierto del sueño. .).
- PEDRO. (Ó me matas ó te mato.)

ESCENA XV.

DICHOS, JUANA, MARÍA, DIEGO. Éstos salen por la puerta secreta.

- JUANA. ¡Por aquí! (Abriendo la puerta.)  
¡Padre! (Corriendo á abrazarle.)
- ALVARO. (Abrazándola con efusión.) ¡Perdida  
te juzgué y á verte llego!
- JUANA. Creí morir; pero Diego  
pudo salvarme la vida.  
Cuando salí de palacio,  
el alma de angustia llena...
- ALVARO. ¿Tú de palacio? (Sorprendido.)
- PEDRO. (En su pena  
mi sed de venganza sácio.)
- ALVARO. ¿Viste al monarca?  
(Temiendo entender la verdad que sospecha.)
- JUANA. ¡Sí tal!
- ALVARO. ¿Un pliego le diste? (Con ansia.)
- JUANA. ¡Sí!
- ALVARO. ¿Le abrió?
- JUANA. Delante de mí.  
Y con sonrisa glacial,  
cual nunca vagó en su boca,  
posando en mí una mirada,  
murmuró: «¡Desventurada!»  
y luego repuso: ¡«Ó loca!»  
Surcó una arruga su frente  
y añadió convulso, ciego:  
«¿Quién te confía este pliego?»  
Don Pedro de Benavente.
- ALVARO. (Deja á su hija sorprendida, porque no puede explicar la conducta irregular de su padre, y dice á Pedro lo siguiente.)  
(En tí cebará su encono.  
Hé ahí tu muerte decretada. (Pausa.)  
Que Juana no entienda nada  
de cuanto hizo... y te perdono.)
- DIEGO. ¡Qué traicion!
- ALVARO. (Volviendo á su hija y con amargura.)

Nada te aflija.

Vete á un convento.

DIEGO.

(¡Oh dolor!

¡El arma del vengador  
en las manos de una hija!)

JUANA.

¡Padre!

(Con el asombro propio de quien no se explica la  
situacion.)

ALVARO.

No busques consuelo.

Yo parto. (Abrazándola.)

Presco.

(Contestando á una interrogacion muda de Juana.)

Ha de ser.

(Contestando á Juana, que intenta oponerse.)

JUANA.

¿Y dónde te vuelvo á ver?

(Comprendiendo su desgracia pero sin explicár-  
sela.)

ALVARO.

No lo sé, Juana, en el cielo.

JUANA.

¡Padre! ¡Padre!

(Abrazándose á él con infinita angustia.)

ALVARO.

(Con solemnidad.) Á Dios invoca.

(D. Álvaro se desprende de su hija dirigiéndose al  
foro; el grupo de soldados forma una valla entre  
ambos; Juana se arroja á vencerla; Diego, María  
y Martín la separan de allí dulcemente y ella, bus-  
cando una aclaracion al suceso, á la vez que un  
consuelo á su dolor, se dirige al cielo exclamando  
con vehemencia los siguientes versos:)

JUANA.

¡Dios mio! ¡Por esa cruz!

¡Un rayo, un rayo de luz  
para no volverme loca!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Salon con puerta al foro y laterales; á la derecha, en primer término, una ventana ó mirador: es completamente de noche; una débil lámpara ilumina la escena.

### ESCENA PRIMERA.

MARTIN y MARÍA.

MARTÍN. No me preguntes, María.  
Tristes presagios me acosan;  
me oprimen el corazón,  
sin tomar cuerpo ni forma,  
y mal pudiera explicarte  
la causa de mis congojas,  
si yo mismo no comprendo  
por qué, en continua zozobra,  
cuanto más busco esperanzas  
más los temores me agobian.

MARÍA. Pero, en fin, ¿por qué don Juan  
su ingratitude no corona  
desterrando al Condestable  
de una vez? ¿Por qué no toma,  
si la codicia le mueve,  
todas sus riquezas, todas,  
terminando esta contienda  
que á todo el mundo abochorna?  
Preciso es que tenga el rey

- razones muy poderosas  
para premiar con la cárcel  
á quien ganó su corona.
- MARTIN. La ingratitud es un vicio  
que ya en costumbre se torna;  
los débiles un favor  
á guisa de agravio toman;  
no es la energía la prenda  
que más al monarca adorna,  
y estando sujeto al yugo  
de nuestra reina y señora,  
que debe el trono á don Álvaro  
y en justo pago le odia, (Con ironía.)  
es de esperar que despierte  
recuerdos en su memoria  
de los servicios sin cuento  
que cual ofensas soporta,  
y pague al fin como pagan  
envidia, despecho y cólera.
- MARIA. Pero há dos meses, dos meses  
que fué preso en Búrgos; forman  
contra él no sé qué proceso;  
sitia el monarca á Escalona,  
al ronco grito de guerra  
que á toda Castilla asombra;  
llévanle á la fortaleza  
del Portillo y á deshora  
ayer á Valladolid  
le conducen. Algo forjan  
que yo no comprendo.
- MARTIN. (Con trist-za.) ¡Dios  
sobre todo!

- JUANA. Mi señora  
(Señalando lateral derecha.)  
en ese aposento espera  
de ver á su padre ansiosa.  
Le juzga preso y se aflige;  
le juzga libre y asoma  
á su rostro la alegría.  
De esta manera desborda  
su regocijo unas veces  
y sus desconsuelos otras.

Tanto las dudas la amargan,  
tanto el ansia la devora,  
que entre esperar y temer  
la pobre se vuelve loca.  
En vano llama á su padre  
hace dos horas. ¡Dos horas!  
En vano intranquila gime;  
en vano suplica, invoca  
los más dulces sentimientos  
que el corazón atesora.  
Esperad, la dicen todos.  
¡Esperar! ¿Qué alma de roca  
puede esperar, cuando teme  
sin saber qué teme, y forja  
imaginarios peligros

MARTIN. Pues no hay remedio. Don Álvaro

escribe en la estancia próxima  
(Marcando la lateral izquierda.)  
desde que me han permitido  
volver á verle; y ahora,  
al ordenarme que busque  
á don Diego, con voz ronca  
por la emoción que ocultaba,  
me dijo: «Martin, coloca  
mis servidores de modo  
que no pueda á mi persona  
llegar Juana, hasta que yo  
juzgue prudente otra cosa.»  
—Pero señor...—«No repliques,  
yo la llamaré. Y... perdona,  
que me faltan los instantes  
y los deberes me sobran,»  
repuso, con tal acento  
de humildad, que la congoja  
llegó á humedecer mis ojos.

MARIA. Estoy escuchando absorta.

MARTIN. Centén, pues, á doña Juana;  
inventa cualquier historia.  
En fin, dile que á su padre  
asuntos que mucho importan  
detienen aquí; que es fuerza

no distraerle y notoria  
la utilidad de que pueda,  
aprovechando las horas,  
romper esta misma noche  
los lazos que le aprisionan.

MARIA. Voy y que Dios nos ampare.

MARTIN. Vé y que el cielo nos socorra.

MARIA. ¿Diré que está libre?

MARTIN. (Con tristeza.) Dilo...

MARIA. Tranquilizarla me importa.

MARTIN. Pero...

MARIA. ¿No queda esperanza?

MARTIN. No lo sé.

MARIA. ¡Fortuna loca!

¡Horribles dudas me llevo!

(Dirigiéndose á la lateral derecha, donde entra.)

MARTIN. Dudar es creer. (Acompañándola.)

## ESCENA II.

MARTIN.

No hay forma  
de cobijar una duda  
cuando la verdad es obvia.  
Cierto. Don Álvaro sabe  
que la prision se prolonga  
para terminar acaso  
en el destierro. ¡Oh deshonra!  
¡El que ayer mandaba un reino  
(Mirando la lateral izquierda.)  
no manda ni en su persona!  
Aquí se acerca. ¡Cuán triste!  
¡Las penas cómo se notan!  
Avisaré á Benavente. (Váse por el foro derecha.)

## ESCENA III.

D. ÁLVARO.

Contadas tengo las horas.  
Hoy se cumple mi destino

y aquí surgen despiadadas (Al cerebro.)  
todas mis culpas pasadas  
en revuelto torbellino.  
Aquí de la mocedad  
las distracciones impuras;  
aquí también las locuras  
de ambición ó liviandad.  
Recuerdos la mente evoca  
de tanta sangre vertida;  
de tanta virtud perdida;  
de tanta soberbia loca. (Ligera pausa.)  
Hasta que llega el morir  
no acude el remordimiento.  
Hoy me abrumba y hoy... no siento  
ningun afán de vivir.  
Camino. (Ligera pausa) Y la muerte en pos.  
(Ligera pausa.)  
Y no esquivarla procuro.  
¿Qué es la vida? ¡Fragil muro  
que nos separa de Dios!  
Muro de escoria ó de lodo  
pronto á hundirse de repente...  
que sólo sirve de puente  
entre la nada y el todo.  
Puente que el loco idiotismo  
de los mortales quebranta...  
sin ver que bajo su planta  
no hay fondo, todo es abismo.  
¡Martin! Volvamos á ser (Al verle.)  
de este mundo breve instante  
que siempre hay tiempo bastante,  
para cumplir un deber.

#### ESCENA IV.

D. ÁLVARO y MARTIN. Éste sale foro derecha.

ÁLVARO. Acércate. (Llamándole hácia el mirador.)  
Más.

(Colocándole en primer término.)

Procura  
penetrar con tu mirada,

en esa vasta esplanada  
(Deleitándose con inmensa amargura en todos los  
detalles de su próximo fin.)  
que cubre la noche oscura.

MARTIN. Ni aun débil estrella alumbra  
en ese fondo sombrío.

ALVARO. Mira bien.

MARTIN. En vano espío.  
Ni claridad ni penumbra.

ALVARO. Es que la sombra porfía  
con el alba que la bate;  
jamás la noche combate  
como al huir ante el día.

MARTIN. Oscura noche en verdad,  
ya estoy de mirar rendido

ALVARO. Siempre en su límite ha sido  
más densa la oscuridad.

Pero concentra la vista  
en un punto; forma un foco;  
retrocede poco á poco;  
no habrá objeto que resista.

Verás el triple cordon  
de guardias que me custodian.  
¡Mis siervos de ayer! Me odian  
sin darse de ello razon.

Tan poco firme es su encono,  
que volviéranme á querer  
si fuera fácil volver  
desde la cárcel al trono.

Verás en la encrucijada  
que forman las callejuelas  
misteriosos centinelas  
que bullen sin decir nada.

Van y vienen y se agitan  
con rápidos movimientos.  
¿Ves?

MARTIN. No.

ALVARO. Hace pocos momentos  
que en las tinieblas palpitan.  
¿Ves?

MARTIN. No.

(Comienza á amanecer; luz blanca, que se enlaza

- luégo, aunque poco.)  
ALVARO. Espera. Allá; á lo lejos;  
(Marcándole el lejano horizonte.)  
entre franjas de verdor,  
brotó una luz sin color  
que apenas tiene reflejos.  
(En los dos «Espera», pausa.)  
Espera más; que ya pinta  
de bello matiz el suelo;  
que dilata por el cielo  
el iris todo en su cinta.
- MARTIN. ¡Dios mio! (Viendo el cadalso.)  
ALVARO. ¿De qué te asombras?  
MARTIN. ¡Un cadalso!  
ALVARO. Sí.  
MARTIN. ¿Qué indica?...  
ALVARO. Ese monumento explica  
aquél bullir de las sombras.
- MARTIN. Pero...  
ALVARO. (Con inmensa tristeza.) Otra vez los reflejos  
del crepúsculo verás.  
Yo no he de verlos jamás.  
Mañana estaré muy lejos.
- MARTIN. ¿Vos?  
ALVARO. Sí; que al fin vencedora  
la muerte su oficio empieza;  
allí ha de estar mi cabeza  
cuando termine la aurora.
- MARTIN. ¡Cómo!  
ALVARO. Sí.  
MARTIN. ¡Terrible suerte!  
ALVARO. Ya ansío llegué el momento.  
MARTIN. ¿Lo ansiais?  
ALVARO. El remordimiento  
me pesa más que la muerte.  
Siento consuelo profundo  
al quebrantar las cadenas  
de barro mortal, que apenas  
me ligan ya con el mundo.
- MARTIN. ¡Señor!  
ALVARO. Desprenderme quiero  
de toda pasión humana.

Llama á Diego.

MARTIN. ¿Y doña Juana?

ALVARO. Será mi dolor postrero;  
que al verla no hallaré modo  
de ocultarle mi quebranto  
sin que me delate el llanto.  
No, no: que lo ignore todo.  
Despues... cuando de la vida  
arroje la inútil carga...  
le das la noticia amarga  
de ese dolor sin medida.  
Le dices que un alto ejemplo  
(Con melancólica amargura.)  
de la suerte, es el rigor  
con que me tratan.

MARTIN. ¡Señor!

ALVARO. Que busque paz en un templo.  
Dile tambien que ninguna  
gloria mundana es la dicha;  
que empieza aquí la desdicha  
donde acaba la fortuna.  
Y... en fin, que muero contento. (Conmovido.)  
Que no maldiga su estrella.  
Que guardará para ella  
el último pensamiento.  
Que mi sola idea fija  
ella será al sucumbir,  
y que si lloro al morir (Sollozando.)  
tambien será por mi hija.

MARTIN. ¡Señor, señor!

ALVARO. ¡Diego!  
(Al verle en el foro.) Calla:  
déjanos solos.

MARTIN. Quisiera...

ALVARO. Espera un momento, espera.  
Allí. (Señalándole foro derecha.)

MARTIN. ¡Mi razon estalla! (Váse.)

## ESCENA V.

D. ÁLVARO y DIEGO.

ALVARO. Entra, Diego. No he querido

- morir sin dejar vencido  
el rencor que te domina.
- DIEGO. Cuando un odio así germina (Con tristeza.)  
ni tregua admite ni olvido.
- ALVARO. ¿Eso respondes? ¡Y aquí!  
¡Cuando me dirijo á tí  
desde el umbral de la muerte,  
rencores tu labio vierte  
con tanta amargura!
- DIEGO. Sí.  
Contra ley, contra razon,  
me habeis roto el corazon,  
el alma me habeis herido;  
por vos mi padre he perdido  
y aun mi propia estimacion.  
Alzar la frente no puedo.  
Me agobia el rubor... ¡y el miedo!  
al ver que un odio iracundo  
me deja solo en el mundo,  
pues que sin honra me quedo.
- ALVARO. (Con ternura y aflicción.)  
¡Dios mio! Medita, Diego,  
que estás de coraje ciego;  
que esto te puede pesar;  
que puedes tambien llegar  
al duro trance á que llego.
- DIEGO. Iré de la muerte en pos,  
sin que al vengarme de vos  
valla alguna me contenga.
- ALVARO. Dios maldice al que se venga.
- DIEGO. Pues bien; que me juzgue Dios.
- ALVARO. Él te perdone. Este anciano (Con resignacion.)  
benedicirá más su mano  
cuanto más hondo le allija.  
Yo quise darle á mi hija (Con sentimiento )  
en tu cariño un hermano.
- DIEGO. Eso bien.
- ALVARO. ¿Oirás mi ruego?
- DIEGO. Por Juana, sí.
- ALVARO. ¡Gracias, Diego!  
Ten. (Le da un pliego cerrado.)  
Mi voluntad postrera.

DIEGO. La cumpliré.  
ALVARO. Cuando muera  
abrid los dos este pliego.  
Un grave secreto mio  
á vuestra prudencia fio.

ESCENA VI.

D. ÁLVARO, D. DIEGO, DESTÚÑIGA, MARTIN. Éstos salen  
foro derecha.

DIEGO. ¡Destúñiga!

DEST. Vengo...

ALVARO. Entrad.

(Diego se retira á un lado; Martin permanece en  
el foro.)

(Cúmplase tu voluntad  
como te plazca, ¡Dios mio!)  
¿Llegó la hora?

DEST. Señor... (Excusándose.)

ALVARO. ¿Y se halla dispuesto?

DEST. Todo.

El confesor, si así os place,  
se encuentra á serviros pronto.

ALVARO. ¿Quién es?

DEST. Alonso de Espina.

ALVARO. Sí, desde ayer le conozco.  
El buen padre dominico  
escuchó grave y absorto  
la confesion de mis culpas  
en el camino. No hay modo  
de aprovechar más el tiempo.  
Haceis bien; aun siendo corto  
el plazo, puede un segundo  
ser ocasion de trastornos.

DEST. Yo... (Excusándose.)

ALVARO. No es reproche, Destúñiga.

De buen grado me conformo  
á no demorar el trance.  
Dejadme con mi hija sólo  
breve espacio; pues deseo,  
ya que á morir me dispongo,

(Rumores sordos.)  
mirarme una vez siquiera  
en el cristal de sus ojos.  
DEST. Es muy justo. Despejad.  
(Á los guardias. Diego se retira tambien.)  
ALVARO. Cumple tú el deber piadoso (Á Martin.)  
de avisar á esa infeliz.  
MARTIN. Señor...  
ALVARO. Que lo ignore todo,  
y Dios me preste energía  
para este trance penoso.  
MARTIN. Aquí viene.  
ALVARO. La ventana,  
(Indicando que la cierre; Martin obedece.)  
porque ese oleaje sordo  
pudiera oirse de aquí.  
(Cesan los rumores al cerrarse la ventana.)

### ESCENA VIII.

D. ÁLVARO, JUANA, MARTIN. Martin se retira á un lado  
y la alegría de Juana contrasta durante toda la escena con  
la aflicción mal contenida de D. Álvaro.

JUANA. ¡Padre! (Se abrazan.)  
ALVARO. ¡Juana!  
MARTIN. (¡Dios piadoso!  
siento impulsos de llorar.)  
JUANA. ¡Siento arrebatos de gozo!  
¡Bendiga el cielo este día!  
¿Ya cedió el rey de su empeño?  
¡Te quiere tanto!  
ALVARO. ¡Hija mía!  
JUANA. ¡Vamos, me parece un sueño!  
¡Tú en mis brazos! ¡Qué alegría!  
ALVARO. (¡Esto es horrible!)  
JUANA. En verdad,  
bien lo tengo merecido.  
¡Qué recelos! ¡Qué ansiedad!  
¡No sabes cuánto he sufrido  
pensando en tu libertad!

¡Soñando en prision al verte  
que otro dolor sin medida  
me deparaba la suerte,  
arrancándote la vida  
como á tus reos de muerte!

ALVARO. ¡Calla, calla! Fué deslíz  
nacido de tu impaciencia.

JUANA. Pues córtalo de raíz.  
¡No firmes otra sentencia  
si quieres verme feliz!

ALVARO. (¡Qué martirio!)

MARTIN. (¡Qué horrorosa  
situación!)

JUANA. Te lo exijo.  
No más esa firma odiosa.  
Un reo puede ser hijo,  
ser padre, tener esposa.  
¡Contempla el duelo profundo  
de tanto ser inocente,  
como un decreto iracundo  
puede aislar de repente  
sobre el desierto del mundo!  
¿Qué será del tierno infante?  
¿Qué de la esposa afligida?  
El reo muere al instante.  
¡Mas... cómo su pena olvida  
el que le llora anhelante?  
¿El que en ciego desvario  
grita: «¡Padre!» y desespera  
porque halla sólo el vacío  
donde hallar la voz espera  
que contestaba: «¡Hijo mio!»  
¿Lloras? Lloras sin rebozo!

ALVARO. De alegría...

MARTIN. (¡Qué tormento!)

ALVARO. (No puedo más.) Si sollozo...

JUANA. Desborda tu sentimiento.  
Cuán dulce es llorar de gozo!  
Verás qué bella es la vida  
sin afán y sin cuidado.  
Cómo á la calma convida  
vivir del mundo ignorado

entre la gente querida.  
Diego... y su padre!..

ALVARO. (¡Dios mío!)

JUANA. Y tus deudos ..

ALVARO. (¡Ay de mí!)

JUANA. En amante desvario,  
(Destúniga y Diego aparecen en el foro.)  
todos iremos á tí  
como las aguas al río.

ALVARO. Imposible. Esos reflejos (Al verlos.)  
que brillan ya sin celaje,  
me roban tales festejos.  
Debo emprender un viaje.

JUANA. ¿Tú?

ALVARO. Y lejos, hija, muy lejos.

JUANA. ¿Pero es que el rey te destierra?

ALVARO. Sí, hija mía.

JUANA. Iré contigo,  
que en tí mi dicha se encierra.

ALVARO. Imposible. (No hay castigo  
más horroroso en la tierra.)  
Escucha. (A Juana. Ligera pausa.)

Yo he de partir. (Juana niega.)  
No te opongas. (Juana se opone.) Te lo ruego;  
que fuera inútil sufrir.  
Ahí quedan Martín... y Diego...  
(Diego adelanta lentamente.)  
Y yo... (No se qué decir.)

JUANA. Pero tú? ..

ALVARO. De mí te olvida.

JUANA. ¡Padre!! (Con angustioso reproche.)

ALVARO. Calla, volveré.

JUANA. ¿Pero cuándo?

ALVARO. ¡Hija querida!

(Con inmensa aflicción)

JUANA. ¿Cuándo, cuándo?

ALVARO. ¡No lo sé;  
pero es tan breve la vida!

JUANA. ¿Qué, piensas morir? (Con espanto.)

ALVARO. ¡Qué antojos!

ALVARO. Abrazame.

MARTIN. (Está llorando.)

- JUANA ¡Te sigo!
- ALVARO. ¡Dándome enojos! (Con severidad.)  
Quédate. Yo te lo mando  
con lágrimas en los ojos!  
(Transición. Sollozando.)
- JUANA. ¡Padre!
- ALVARO. Adios, hija. Hasta... luégo.  
(Sé para ella buen hermano.) (Á Diego.)  
Adios, Martín. (Aquel pliego...) (Á Diego.)  
(Éste afirma en ambos casos.)  
Adios. (Á Juana abrazándola.)  
(¡Por siempre!) ¡Tu mano!  
(De estas dos últimas frases que dice á Diego, la primera con profunda tristeza; á la segunda Diego se niega sin acentuar mucho la negativa.)
- JUANA. ¡Padre mio!  
(Al ver el desvío de Diego se arroja desolada en brazos de su padre; Destúñiga toca á D. Álvaro suavemente en el hombro para indicarle que ha llegado la hora.)
- ALVARO. Haces mal, Diego.  
(Después de separar á Juana, al tiempo de partir y con inmensa desolacion.)

## ESCENA VIII.

DIEGO y JUANA.

- JUANA. ¡Ay de mí! Cuando me espera  
tan inmensa soledad,  
ni cariño, ni piedad  
hallo en tu pecho siquiera!
- DIEGO. ¡Piedad en quien desespera  
sin ver fin á su tormento!  
¡Piedad en este momento,  
cuando me doy á entender  
que el más desdichado ser  
no siente lo que yo siento!
- JUANA. ¡Adios, sueños de ventura!  
¡Entre rencores y agravios  
tan solo encuentran mis labios  
la copa de la amargura!

- DIEGO.** Tambien la desgracia apura  
en mí su extremo rigor.
- JUANA.** Para aumentar mi dolor  
la mia tambien te nombra,  
¡porque es un árbol sin sombra  
(Conteniendo un ademán de Diego.)  
una mujer sin amor!
- DIEGO.** Aún mandas en mi albedrío,  
más quiso la aciaga suerte  
que se cruzara la muerte  
entre tu padre y el mio.  
Un calabozo sombrío  
la vida le vió exhalar...
- JUANA.** ¿Cómo? (Sorprendida.)
- DIEGO.** Te quise arrancar  
entónces del pensamiento,  
como si escrita en el viento  
pudieses con él volar.  
¡Vana quimera! El olvido  
no brota de una pasión.  
No. Es el recuerdo ocasion  
de donde nunca ha nacido.  
Por eso cuando he querido  
del corazón arrancarte,  
sólo he logrado fijarte,  
en él tu imagen grabar,  
pues siempre en mí el olvidar  
comienza por recordarte.  
(Sollozando con desesperación.)
- JUANA.** Mas si tu padre murió;  
si entre ambos media un abismo;  
si lo confiesas tú mismo,  
¿qué espero en el mundo yo?
- DIEGO.** Vivir y olvidarme.
- JUANA.** No.  
Uno ausente, el otro muerto,  
todo vago, todo incierto  
en mi triste porvenir...  
¿se puede acaso vivir  
con el corazón desierto?
- DIEGO.** Sí tal. Se vive pensando;  
se finge tranquila calma;

se impone silencio al alma  
todas sus fibras rasgando;  
se va el corazon secando,  
y cuando queda extinguida  
toda esperanza querida,  
con ansiedad verdadera  
se espera...

JUANA. ¿Mas qué se espera?

DIEGO. ¡El término de la vida!  
Parte á Escalona, y allí,  
si no logras olvidar,  
puedes á Dios suplicar  
que tenga piedad de tí.

JUANA. ¡Y cómo vivir así?

DIEGO. Gusta el amargo placer  
de excitar y escandecer  
la pena que te devora,  
y en fin, por la dicha llora  
que ya no puede volver.

JUANA. ¡Es verdad! ¿Y tú?

DIEGO. (Con amargura y desesperacion crecientes.)

Yo voy

con mi deber á cumplir.  
¡Yo diera por no existir  
cuanto valgo y cuanto soy!  
¡Yo entre tormentos estoy  
que no me acierto á explicar!  
¡Yo siento aquí el batallar (Al corazon.)  
entre un odio y un querer!  
¡Yo principio á aborrecer (Sollozando.)  
y no concluyo de amar!  
¡Sufro, soporto una afrenta  
ignorando en qué consiste;  
el misterio que reviste  
sus proporciones aumenta,  
y como vive y alienta  
el amor que por tí siento,  
voy de momento en momento  
perdiendo ya la razon;  
que el grito del corazon  
me turba el entendimiento!

JUANA. ¡Salid del alma, salid,



ESCENA IX.

JUANA, DIEGO y PEDRO.

- DIEGO. No, Juana, no; si es mi tío.  
Míralo bien, ya se acerca,  
ya está aquí. Cálmate, calma  
la zozobra que te inquieta.
- JUANA. Partamos; que me es odioso  
el soportar su presencia.
- DIEGO. Ya no es posible; esperemos.
- JUANA. ¿Por qué esperar?
- DIEGO. Porque es fuerza.  
(Á Pedro.) (¿Cómo osais venir aquí  
con riesgo de la existencia?  
El rey os mandó prender.  
No lo dudeis: si os encuentra  
la posesion del secreto  
pagais con vuestra cabeza.)
- PEDRO. ¿Y qué me importa la vida  
cuando el momento se acerca  
de consumir mi venganza  
y revelarte tu afrenta?  
¡La voluntad de tu padre!
- DIEGO. Callad; que Juana no sepa...
- PEDRO. ¿Aún no sabe?...
- DIEGO. Nada.
- PEDRO. ¿Nada?
- DIEGO. Y quiero que no lo entienda.)
- JUANA. Partamos, partamos, Diego.
- PEDRO. (Á Diego.) ¿Tú? nunca. El deber te ordena  
presenciar...
- DIEGO. (Interrumpiendo con precipitacion á Pedro.)  
Callad, callad.  
Estar aquí me interesa;  
volveré.
- PEDRO. ¿Lo juras? (Diego afirma.) Cuenta  
que se habla aquí de tu honra;  
que es de tu padre esta letra.  
(Mostrándole el pergamino.)
- DIEGO. Volver en su nombre juro.

JUANA. ¡Vamos, vamos!  
PEDRO. (No es completa  
asi mi venganza.)  
DIEGO. Vamos.  
(Al llegar cerca del foro se oye el rumor.)

### ESCENA X.

JUANA, DIEGO, PEPRO, MARIA.

JUANA. Pero ese rumor...  
(Dirigiéndose á la ventana.)  
DIEGO. (Oponiéndose.) ¿Qué intentas?  
JUANA. ¿Te opones tú?  
DIEGO. ¡Sino ingrato!  
PEDRO. ¡Al cadalso se encamina!  
(Abriendo la ventana; el rumor se oye más distinto; pero como el zumbido sordo de una colmena.)  
JUANA. ¿Quién?  
DIEGO. ¡El terror me domina!  
PEDRO. ¿Quién ha de ser?  
DIEGO. (Á Pedro.) ¡Insensato!  
(Á este grito aparece María lateral derecha.)  
JUANA. ¿Qué sucede? ¡La angustia leo  
en tu rostro! (Á Diego.)  
DIEGO. ¡No!  
(Tratando de ocultar su emocion.)  
JUANA. (Á todos con ansiedad.) ¡Decid!  
¿Qué es?  
DIEGO. (Queriendo quitarle importancia á la noticia.)  
Que en Valladolid  
se decapita hoy un reo.  
JUANA. ¡Un reo! (Sin comprender aún.)  
PEDRO. En la plaza está.  
(Invitándola á verlo.)  
JUANA. ¡Ahí? ¡Qué presentimiento!  
(Comenzando á comprender.)  
¡Aquella tristeza! Siento...  
¡Aparta!  
(Á Diego, comprendiéndolo todo ya por la resistencia de éste.)  
DIEGO. ¡No! (Conteniéndola con angustia.)

JUANA.

¡Aparta!

(Separa á Diego con supremo esfuerzo; llega á la ventana y retrocede, lanzando con infinita angustia su exclamacion; cae en brazos de Maria.)

¡Ah!

PEDRO. Escucha.

(Conteniendo á Diego que quiere socorrer á Juana.)

DIEGO.

¡Si va á morir!

(Pugnando por acudir á Juana.)

PEDRO.

Oye.

(Sujetándole y enseñándole la carta de su hermano.)

DIEGO.

¡Dejadme acudir!

(Sin atenderle, queriendo socorrer á Juana.)

¡Quiero socorrerla!

PEDRO.

(Sujetándole y forzándole á oír.) No.

Oye: (Leyendo y señalándole la plaza.)

«Cuando la cuchilla,

»suspendida por su mano,

»corte la vida al tirano

»vengando nuestra mancilla...»

DIEGO.

¡Dejad, dejad!

(Sin atenderle, queriendo socorrer á Juana.)

PEDRO.

(Con energía.) No lo intentes.

Oye.

DIEGO.

(Con ira.) ¡Tío!

PEDRO.

¡Por mi nombre!

(Con ira también, dominando á Diego.)

¡Sábelo todo! ¡Aquel hombre...

aquel... es tu padre! (Por D. Álvaro.)

DIEGO.

¡Oh! ¡Mientes!

(La primera frase con estupefaccion; la segunda con cólera; Pedro le enseña la letra de su hermano; Diego rasga el sobre del pliego que le dió en la escena quinta. D. Álvaro, lo recorre precipitadamente, y Pedro, volviéndole á llamar la atencion hácia la ventana, le dice:)

PEDRO.

Mira.

(Diego se dirige á la ventana, y al llegar á ella lanza la exclamacion siguiente:)

DIEGO.

¡Jesús!

(Al propio tiempo estalla en el pueblo un ¡oh! formidable que hace suponer se ha ejecutado al

- reo.)
- JUANA. ¡Diego!  
(Saliendo de su desvanecimiento al oír el grito y con desesperación.)
- DIEGO. ¡Juana! (Á ésta.)
- JUANA. ¡Padre! (Dirigiéndose á la plaza.)
- DIEGO. ¿Tu padre? ¡No! ¡El mio!
- JUANA. ¡El nuestro!
- DIEGO. ¿El nuestro?
- JUANA. ¡Si!
- PEDRO. (Con feroz ironía.) ¡Impío!
- DIEGO. (A Pedro.)
- PEDRO. ¡Eres su hermana! (Con ironía.)
- JUANA. (Desolada y con asombro.) ¡Su hermana!  
(Diego le da á Juana el pliego de D. Álvaro.)
- DIEGO. (Á Pedro dirigiéndose á él puñal en mano.)  
¿Aún tu rencor persevera  
y Dios se olvida de tí?...  
pues yo haré justicia aquí  
exterminando una fiera!
- JUANA. ¡Diego!
- (Interponiéndose, despues de haber indicado la sensacion que le causa la lectura.)
- DIEGO. ¡Quita! (Dirigiéndose á la puerta.)
- JUANA. No! ¡Detente!
- (Al dirigirse Diego contra Pedro, éste hace ademán de defenderse; Juana se interpone; María acude al foro pidiendo auxilio; aparecen Destúñiga y los soldados. Diego, aunque contenido por Juana, no cambia de resolución y dice los versos siguientes; los soldados prenden á Pedro y procuran llevarse-lo, hasta que anonadados por el último apóstrofe de Juana quedan inmóviles, bajo el imperioso ademán de esta que domina la escena.)

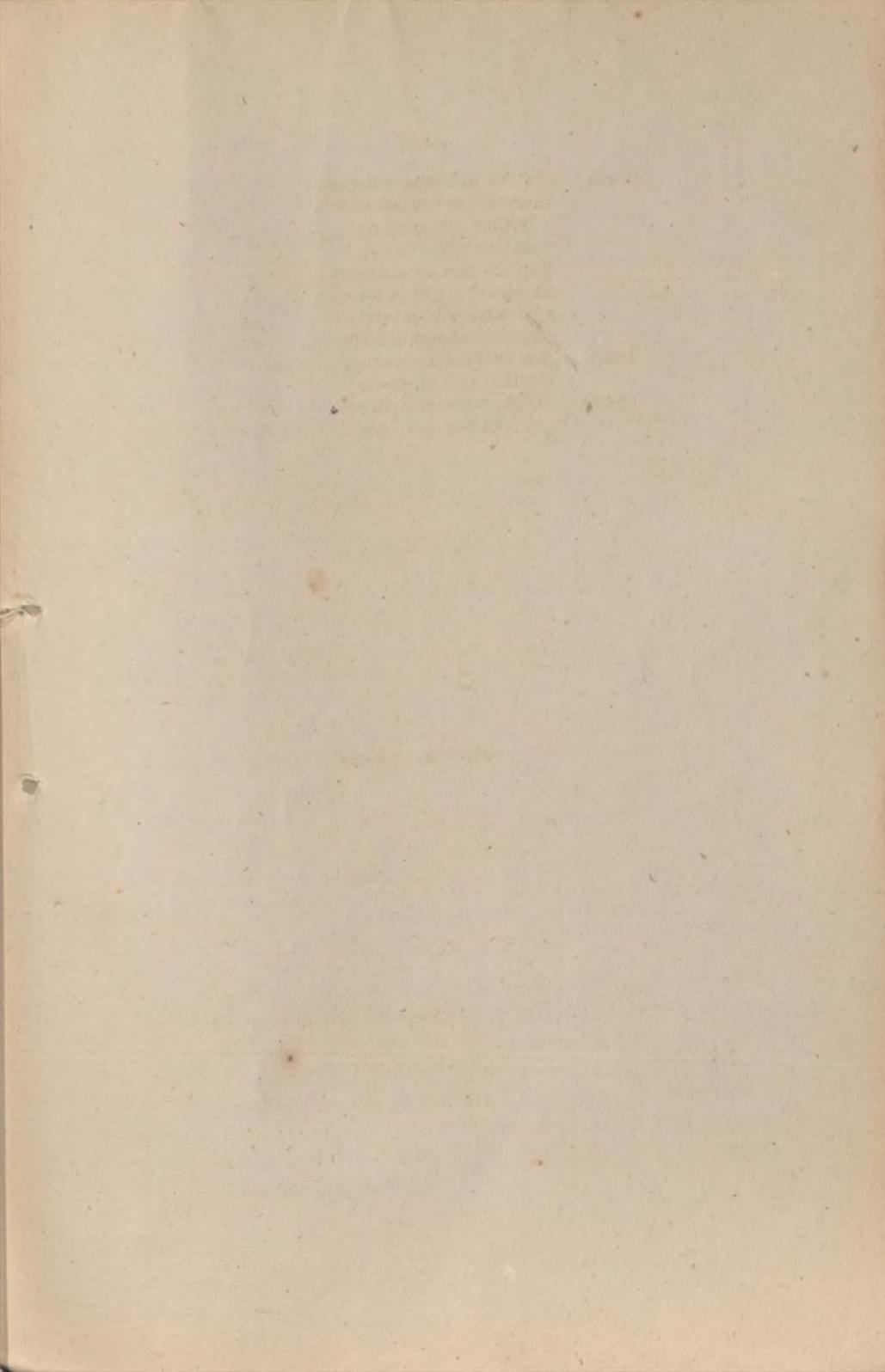
## ESCENA XI.

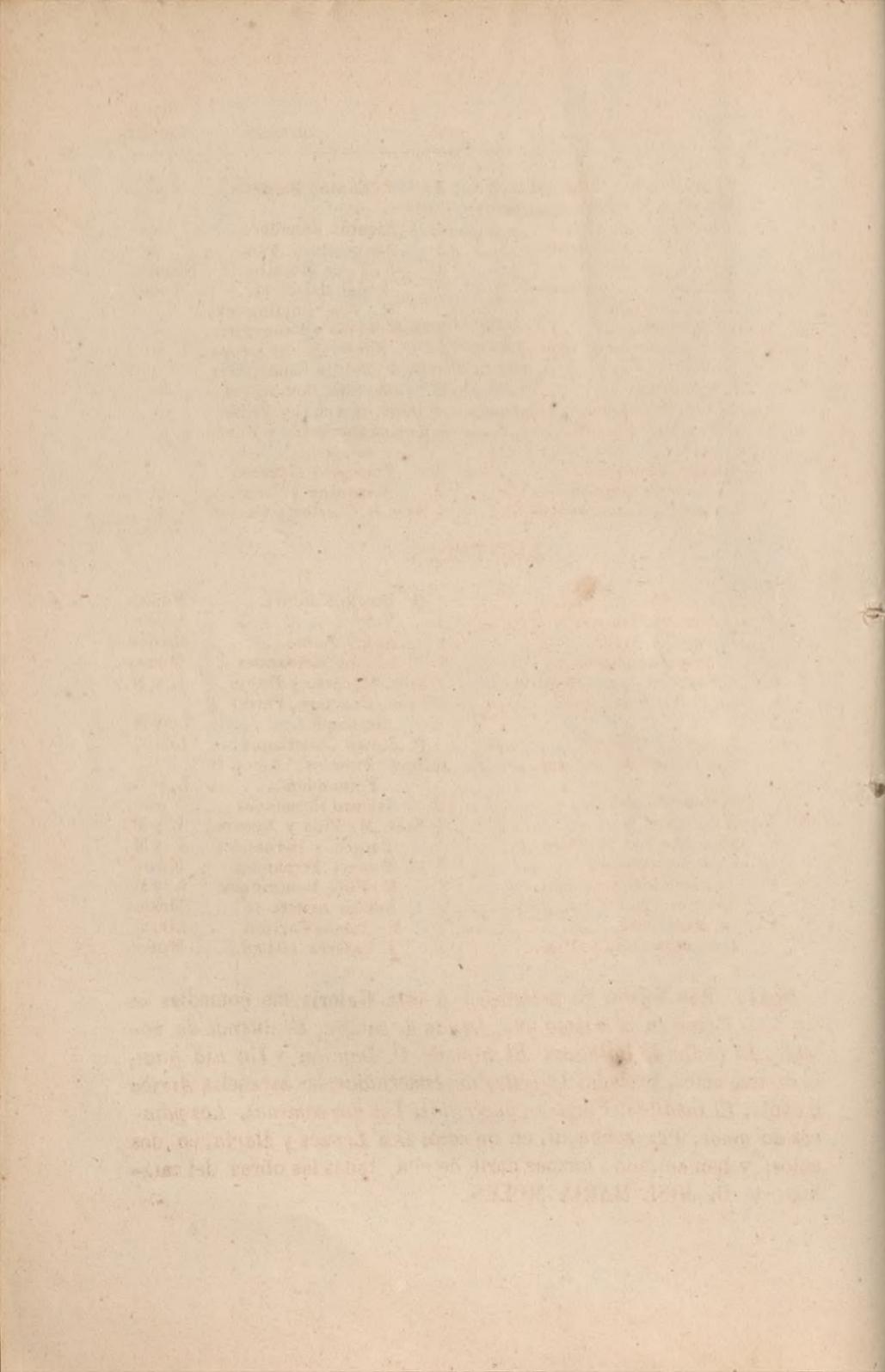
JUANA, MARÍA, PEDRO, DIEGO, DESTÚÑIGA, SOLDADOS del rey.

- DIEGO. Del rey sufrirás el yugo.  
¡Pronto! Entregadle al verdugo.  
Es Pedro de Benavente!

- JUANA. ¡No! No más sangre vertida.  
¡Rompan su antigua alianza  
la justicia y la venganza,  
y sentenciadle á la vida!  
Morir es sólo un momento.  
En cárcel perpétua pene  
y su existencia envenene  
constante remordimiento.
- DIEGO. ¡No! De venganzas en pos  
él mató; sufra la suerte...
- JUANA. ¡Si disponeis de la muerte,  
qué falta nos hace Dios?

FIN DEL DRAMA.





	TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
6 4	El coronel D. Pablo—c. o. v. . . . .	3	F. Canton Delgado. . . . .	Todo.
	El parecido en la Côte, <i>refundición</i> . . . . .	3	D. Ricardo Caballero. . . . .	»
	El pleito de Sandoval—c. a. p. . . . .	3	Navarrete y Avial. . . . .	»
4 3	El sí de las niñas—c. o. p. . . . .	3	L. F. de Moratin. . . . .	Ejemplos.
5 2	En aras de la justicia—d. o. v. . . . .	3	Daniel Balaciart. . . . .	Todo.
5 3	La dulce alianza. . . . .	3	M. Pina Dominguez. . . . .	»
7 1	La Fornarina. . . . .	3	Sres. Retes y Echevarria. . . . .	»
5 3 a.	La herencia de un rey—d. o. v. . . . .	3	Santivañes y Cuenca. . . . .	»
5 2 a.	La luz del rayo—d. o. v. . . . .	3	D. J. Vellilla Rodriguez. . . . .	»
3 2	Las cerezas. . . . .	3	M. Pina Dominguez. . . . .	»
4 2 a.	Rienzi el Tribuno. . . . .	3	D.º R. de Acuña y Villan.º . . . . .	»
7 2	Una boda en palacio. . . . .	3	Sres. Echevarria y Santivañes. . . . .	»
	Un alcalde justiciero. . . . .	3	Francisco Macarro. . . . .	»
8 2	¡Viva Cuba Española!—d. o. v. . . . .	3	Marquina y Olier. . . . .	»
	La magia nueva, <i>mágia</i> . . . . .	4	Sres. R. Carrion y Coello. . . . .	»

### ZARZUELAS.

	Als lladres. . . . .	1	D. Benito Monfort. . . . .	Música
	Arturo di Foncarralle. . . . .	1	Vidal. . . . .	Música
	El capitán Araña. . . . .	1	Ángel Rubio. . . . .	Música
	El fresco de Jordan. . . . .	1	Isidoro Hernandez. . . . .	Música
4 2 c.	El San Antonio de Murillo—o. v. . . . .	1	Sres. Macarro y Rubio. . . . .	L. y M.
	En el fondo del mar. . . . .	1	Sres. Cuartero, Ferrer y Hernandez. . . . .	L. y M.
	La carta de Elena. . . . .	1	D. Julian Castellanos. . . . .	Libro.
	Los tomadores del dos. . . . .	1	Sres. Fuentes, Alcon y Fernandez. . . . .	L. y M.
	Maese Tallarines. . . . .	1	Isidoro Hernandez. . . . .	Música
8 7 c.	Mesa revuelta. . . . .	1	Sres. M. Pina y Aceves. . . . .	L. y M.
	Una aventura en Siam. . . . .	1	Burgos y Hernandez. . . . .	L. y M.
	Una conspiración. . . . .	1	D. Manuel Fernandez. . . . .	Música
4 4	Compuesto y sin novia. . . . .	3	M. Pina Dominguez. . . . .	L. y M.
	Entre el Alcalde y el Rey. . . . .	3	Emilio Arrieta. . . . .	Música
6 3	La Marsellesa. . . . .	3	M. Ramos Carrion. . . . .	Libro.
	Las nueve de la noche. . . . .	3	J. Casares. ( <i>Mitad</i> ). . . . .	Música

NOTA. Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto *Cazar en su mismo soto*, *Deuda de sangre*, *El duende de palacio*, *El festin de Baltasar*, *El hijo de D. Damian* y *Un dia fatal*; la de tres actos, titulada: *El collar de esmeraldas*; las zarzuelas *Arriba y abajo*, *El inválido*, *Fuego en guerrillas*, *Los dos caminos*, *Los pájaros del amor*, *Paz conyugal*, en un acto; *Dos Leones* y *María*, en dos actos; y han entrado á formar parte de ella, todas las obras del catálogo de D. JOSÉ MARÍA MOLES.

## PUNTOS DE VENTA.

---

### MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

### PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.